

**Rafael Cuevas Molina**

**AL OTRO  
LADO DE LA  
LLUVIA**





Rafael Cuevas Molina



**-Rafael Cuevas Molina-**

---

Rafael Cuevas Molina  
*Al otro lado de la lluvia*  
novela

1a. edición: Heredia: Editorial de la Universidad Nacional  
1998  
2a. edición: Euned, 2009



---

Esta versión digital no es exactamente igual que las ediciones impresas

INDICE

Clara / 7

Esperanza / 46

Clara y Esperanza / 74

Epílogo / 81





*Soy como el hombre que llevaba consigo un ladrillo,  
para mostrarle al mundo cómo era su casa,*

*Bertolt Brecht*

*Sólo me quedó  
tu ombligo como una taza  
redonda,*

*Francisco Urondo*



*"Escribo sobre un tema que no le gusta a  
nadie.*

*Tampoco a mi.*

*Hay temas que no le gustan a nadie,*

*Po I-Po*

## CLARA

**Se hace presente Clara en el universo. Gesticula, fuma, afirma y habla. Ocupa el espacio que la circunda. Llena con su olor el éter en que se le ve, por primera vez, en esta relación. Su mano protagoniza este primer encuentro.**

La vio de frente al entrar en la habitación. Tenía la pierna derecha apoyada sobre la izquierda y gesticulaba con una mano blanca en la que sostenía un cigarrillo. Miró el óvalo de la cara, la nariz afilada, los labios finos, el pelo castaño que después, ya sin el moño, supo que le bajaba un poco más allá de los hombros escondidos bajo la casaca verde. Se adivinaba el ancho abundante de la cadera, el grosor succulento de las piernas, las rodillas acolchadas, los tobillos gruesos. Sobre ellos el torso fino y el cuello endeble, largo y limpio, con pequeños vellos que buscaban el nacimiento del cabello dorado en los bordes inferiores. Los senos los sabría firmes y grandes más tarde, coronados con un par de pezones levemente cafés que se endurecían deliciosos con el frío y el amor. Le atrajo de inmediato la seguridad con que argumentaba, la forma como ratificaba con los gestos de la mano y el tono de su voz con los acentos propios de algún país distante al ámbito en el que él se había movido siempre. Llevaba el pelo recogido y su cuello desnudo se ofrecía en todo su esplendor. Hablaba sobre las leyes más generales que regían al mundo y no dudaba en argüir sobre la inevitabilidad del enrumbamiento social por caminos inéditos en la historia. Mientras hablaba dejaba ver de vez en cuando su perfil maravilloso y sus hombros estrechos se estremecían cuando afirmaba vehemente que había procesos, en los que estábamos inmersos todos, que nos llevarían a sitios nunca pensados por ninguno.

Ya había caído la noche. Era noviembre y hacía el frío seco que invita a quedarse leyendo y tomando te en las pequeñas habitaciones en donde transcurría la vida de ambos en aquellos tiempos. Por eso Clara estaba abrigada y las formas de sus cuerpo se desdibujaban bajo la blusa, las medias, el abrigo grueso que la cubría. Había llegado hasta esa habitación buscando congéneres con los que pudiera compartir la ebullición que tenía en el pecho y la cabeza. Leía mucho en esos tiempos; pasaba a veces la noche en blanco tratando de entender el sentido último de algún texto; devoraba revistas que examinaban el curso de los hechos, la dimensión de los acontecimientos, la profundidad de los problemas. Hasta hace poco, lejos de donde estaba ahora, se acostaba en la cama casi desnuda en el verano, luego de bañarse y sentirse fresca para la noche, y repasaba uno a uno los artículos de alguna revista, desde el primero hasta el último. Leía con la ventana de la habitación abierta mientras sentía cómo se acercaba lentamente el fresco de la tarde, en tanto que la brisa que llegaba del mar a través de las calles de su ciudad arbolada la iba refrescando, y los gritos lejanos de los niños que jugaban en las aceras se iban extinguendo con el día. Era en esas tardes cuando la invadía una sensación de bienestar y de estar bien con el mundo. La tarde que caía, la brisa fresca, el contacto suave de sus pier-

nas desnudas con la frazadas la erotizaba poco a poco. Con la revista a un costado, abierta en la página en donde se daban las razones últimas de la guerra civil en el Líbano, Clara se acariciaba lentamente los senos, la cintura, y se mojaba los dedos con la saliva de su boca para luego bajar hasta la entrepierna, donde encontraba el clítoris hinchado que le elevaba el ritmo de la respiración hasta la explosión que la dejaba exhausta y le permitía dormir hasta el siguiente día.

Fue esa Clara a la que él vio aquella tarde en que entró en la habitación y se la encontró de frente. La mano que sostenía el cigarrillo era la derecha, la misma que ella mojaba con la punta de la lengua en esas tardes de verano caliente. El sólo vio la mano blanca que apuntaba energética y no imaginó el placer profundo que existía en ella. Más tarde, cuando el tiempo les hubiera acoplado los cuerpos a tal punto que los más leves gemidos eran certeramente interpretados por cada uno de ellos, la mano de Clara, la que esa tarde apuntaba y remarcaba frente a todos los que la veían embelesados, recorrería con seguridad el cuerpo de él hasta vaciar todo su ofuscamiento en ella y su boca.

Así empezó todo: sin ningún titubeo, como si hubiera estado buscando siempre lo que encontró ese día sentado en esa habitación llena de humo de cigarrillo. Desde que la vio tuvo la certeza exacta que era ella y no otra la que debía acoplarse a su vida. No erró, aunque eso lo supo más tarde cuando los años no hicieron más que acrecentarle el amor que había nacido esa tarde, cuando la mano de ella subió y bajó muchas veces afirmando, corrigiendo y rechazando.

Él se apoltronó en un rincón anonadado con la certidumbre que frente a él gesticulaba el destino, ansioso ante la posibilidad latente que alguien se le adelantara en los flirteos que desembocan, a veces, en el amor. Se sintió insuficiente, torpe, primitivo, falto de tacto, ignorante, feo, desprolijo y, a pesar del baño reciente, hediondo a sudor añejo. Se le cerró la garganta y le palpitéo desproporcionadamente la víscera cordial cuando debió decirle cualquier cosa, aun la más simple, al final del encuentro que esa tarde tuvieron todos.

Eso fue al principio de todo, antes que la certeza inicial se convirtiera en convicción inquebrantable después de media hora conversando por las callejas estrechas de la ciudad helada. Allí desapareció su mano entre los bolsillos del abrigo, pero él la tuvo presente siempre, seguro que allí también remarcaba y acrecentaba los pliegues de su personalidad energética. Hablaron mientras él veía de soslayo su perfil hermoso del que ya estaba enamorado. No sintieron el frío, no les inquietó la poca luz de las farolas, no repararon en la escasa gente que se cruzaba con ellos. Quedaron en verse al día siguiente y, al despedirse, ella le dio la mano.



**Empieza el amor desbordante, la pasión que se profesan. Recorren campos y ciudades pero sólo saben de ellos. Se buscan desesperadamente los cuerpos que se acoplan en cualquier rincón posible**

Sólo a ella le confesó sus lecturas favoritas. Ante los otros fingía la seriedad que parecían requerir los tiempos. Pero a ella le dijo sin ambages que era *Platero y yo* el libro que tocaba sus fibras más profundas. Bebió más café que el que había tomado en toda su vida; fumó más que nunca junto a ella y dejó pasar, también como nunca, las horas a su lado. Tuvo la certeza que el amor era una emoción intensa que ennoblecía la vida. Pasaron las tardes sentados en las más remotas cafeterías de la ciudad mientras afuera la gente se agitaba y corría luego de un día de intenso trabajo. Vieron ponerse el sol en ventanales que adquirieron alguna razón en este mundo por el solo hecho que a través suyo ellos vieron el ocaso. Uno tras otro pasaban los turnos de los salo-neros. Cerraba la caja registradora, hacían los arqueos del día, les cobraban varias veces para cerrar las cuentas de cada jornada; entraban y salían comensales: los que tomaban el café tras el almuerzo, las señoras que se encontraban a media tarde; vinieron y se fueron los novios a las cinco mientras ellos continuaban inclinados conversando, tocándose apenas la yema de los dedos, tratando de esconder aun la fuerza inmensa que amenazaba con romperles el pecho.

Volverán después a sentir esas palpitations fuertes que ahora sienten, el jadeo que les provoca la presencia del otro. Repetirán muchas veces en la vida la emoción que causa la cercanía mutua. Él sentirá cómo se le desboca el alma, como ahora en ese café perdido en que se encuentran, cuando la vea, repetidamente, desnuda y apenas cubierto el sexo. Pero es ahora cuando se aproxima a ese objeto del deseo que es ella. Siente ahogarse como el primer día en que le vio el cuello, cuando le tocó apenas la mano, el vello de los brazos y la voz profunda que hablaba frente a él. Es por eso que le ha dicho, directamente, que es el libro del burro el que lleva en el corazón, el libro que leyó en la escuela cuando apenas llegaba al cuarto grado, el que debió resumir, explicar en hojas que llenó de letras redondas, que era la letra que tenía en aquel tiempo. "*Platero -le dijo- es el libro que más amo*".

Recorrieron entonces todos los rincones de la ciudad en donde los dejaron sentarse más de tres horas seguidas. Lograron besarse furtivamente en algunas partes y recorrieron los museos, las escasas calles con escaparates, las casas de los amigos. No hubo lugar cerrado que no buscaran y frecuentaran aquel invierno que quedó grabado para siempre en la memoria de ambos.

Pasados los años, cuando Clara recordaría los tiempos en que se habían acurrucado buscando cobijo para el amor que les nacía, se vería con él caminando de la mano, ella con su casaca verde y él con las indumentarias más estrafalarias prestadas por los amigos, a través las calles estrechas y grises de una pequeña ciudad que se quedó en su corazón por eso, porque en ella había nacido y crecido el amor que se

tenían. Era ese un tiempo de preludio, de calma antes de la borrasca. Ninguno de los dos había tenido aun en su vida nada que pudieran lamentar realmente. Las tardes apacibles de la mano, los momentos de plenitud juntos eran vividos y sentidos como continuación natural de la vida. Gozaron inconmensurablemente los primeros arrebatos del amor erótico y se poseyeron sonriendo. Ella le mostró los pechos deliciosos sin ningún resquemor, y dejó que se los besara en un tren largo, frío y solitario que atravesó la estepa helada sin que ellos se dieran cuenta. Ninguno de los dos supo si los pezones hermosos de ella se habían endurecido primero por el frío o por la mano y la boca de él que los recorría ansioso mientras caía rápidamente la noche invernal. Se amaron en habitaciones oscuras de ciudades que visitaron velozmente y de las que sólo guardaron recuerdos asociados con la cópula y el orgasmo. Se establecieron temporalmente en camas prestadas, cocinaron y comieron con utensilios que no les pertenecían y siguieron viaje cada vez que perdían la posibilidad de seguir copulando en el lugar donde estaban.

Así viajaron durante ese invierno helado de un lado para otro. Vieron, en las pausas del amor, como pasaban los infinitos campos grises por las ventanas de los trenes solitarios que los llevaban sólo a ellos, como una premonición de su futuro esquivo. Bajaron en estaciones de hangares lúgubres de ciudades en donde pululaba gente que se agolpaba y gritaba en idiomas ininteligibles. Comieron comidas nunca antes paladeadas y buscaron, siempre, el lugar en donde cobijarse para estar cerca, para acoplarse y tenerse sin importarles lo que pasaba afuera en esas ciudades nuevas, desconocidas, perdidas en las esquinas más lejanas del mundo. No se cansaron del ritmo que les impuso el amor en aquellos días. Siempre sintieron la ansiedad del deseo y no se saciaron nunca de hurgarse los lugares más recónditos del cuerpo. Se conocieron, se husmearon y palparon, lamieron los recovecos del cuerpo que nunca habían mostrado a nadie, y conversaron muchas horas acostados en la cama de cara al techo mientras fumaban cigarrillos ásperos sin filtro que les raspaban la garganta. En las plazas medievales de las ciudades que visitaban vieron sin ver las estatuas ecuestres; entraron en las más bellas catedrales góticas, en los más barrocos baptisterios; cruzaron los puentes más famosos de la tronante civilización occidental. Recorrieron a pie las escalinatas que llevaban a las vistas más hermosas de las ciudades en donde floreció el Renacimiento; bajaron a las criptas en donde aun se sentía el fragor de las primeras plegarias; recorrieron los márgenes de los ríos primigenios, subieron montes otrora sagrados y sólo se vieron los ojos y se sintieron las manos. En cada recoveco oscuro se besaron y usaron la sombra de las estatuas para acariciarse el cuerpo. Por donde pasaron se saciaron mutuamente, como si no fueran a verse nunca más en la vida, y dejaron siempre en las habitaciones donde habitaron el aroma del esperma y los efluvios vaginales. Mojaron sábanas y frazadas primorosamente bordadas. Utilizaron las almohadas más suaves, de plumas de gansos húngaros y austríacos, para sentir más el fragor de sus pelvis copulando. Asordinaron sus gritos de placer con edredones heredados de generación en generación por las gentes que les daban posada. En medio de la noche, y después de las

largas jornadas de amor a las que se sometían, comían atropelladamente los embutidos que se guardaban en las alacenas secretas de las casas visitadas; menguaban las provisiones más preciadas de los vecinos: los panes olorosos traídos de las aldeas más remotas, los salames secos, las conservas de frutas que aun tenían en sus tapas las briznas del verano pasado. Fueron desaforados en todo lo que hacían y se sintieron con la fuerza suficiente para amarse siempre. Así se lo prometieron.

Llevaron consigo las huellas que dejaba tan larga y primorosa iniciación al amor: las ropas ajadas, la mirada lánguida, las manos laxas y el cuerpo suave, presto a las aberturas que produce el apego en esas circunstancias. Al moverse entre la gente mostraron las dulces cicatrices que habían dejado en ellos las noches de ardor pasadas. Fueron vistos magullados por los dientes del otro; les nacieron cardenales en donde succionaron con fuerza y fogosidad en las madrugadas; los labios mostraron las excoriaciones propias de los largos y apasionados besos que se dieron.

Suscitaron sonrisas en aquellos que habían vivido el amor en su momento dado, temor entre los desvalidos del corazón que no amaron nunca. Fueron objeto de envidia, de alegría, de pena y esperanza. Nadie fue indiferente a la borrasca que les arrastraba y cada quien les vio según sus posibilidades. Ellos no se dieron cuenta y, así como fueron por el mundo circundante sin ver lo que pasaba a su alrededor, también se relacionaron con los otros sin determinar en lo más mínimo lo que sentían por ellos. Engendraron, entonces, emociones encontradas: apaciguaron y encendieron heridas, lavaron culpas y generaron en otros sentimientos nunca antes experimentados. No percibieron que eran objeto de comentarios, no vieron los ojos inquisidores, las miradas atentas, los gestos de disimulo que acompañaron la observación a que eran sometidos. Pasaron entre la gente sin que determinaran el impacto que causaba la desbordante pasión que ellos vivían. No les importó la posibilidad de ser foco de atención y comentario, no le dieron espacio en sus pensamientos, atentos como estaban a quererse, gozarse y atenderse mutuamente. Supieron, más tarde, que habían sido centro por un tiempo del interés de sus congéneres, pero en el momento que vivieron el amor intenso de los primeros tiempos no calibraron jamás a los que los rodeaban. Fueron así por la vida: regando con su aroma sexual los espacios en los que se movían, esparciendo el hálito que deja el celo intenso de los veinte años, espulgándose cada centímetro del cuerpo en los lugares que les brindaban cobijo, dejando la imagen intensa de su pasión vibrante.

**Se explaya él, íntimamente, en torno a Clara. La elogia, la ensalza y se muestra, sin saberlo, inerme ante el amor que le profesa. Ella no habla aunque aparece, siempre, como el objeto central del soliloquio**

*"Ocupás el espacio que me circunda, el éter que me mantiene vivo. Oigo perennemente tu voz en mi oído interno y tu imagen es una punzada ardiente y constante en mi costado izquierdo. Vagás en mi, me ocupás, latís en cada sístole que impulsa la sangre de mi cuerpo tuyo. Corre por mis venas tu presencia, arde en mi tu ausencia antes de que te vayás; entra en mi tu hálito. Estás, Clara, presente siempre, luminosa y cierta, completa, rebosante de todo lo que necesito: fruta, manjar, música, paz, combate, apoyo, caricia y grito. Plena, radiante, luminosa, brillante te veo aun en las tardes grises. Resplandecés, Clara, y me llenás, y me faltás más de lo entendible. Quiero diluirme en vos, llorar-te de tanto sentimiento, verte siempre, olerte, introducirte en mi sin mutilarte, sin restarte, sin quitarte, sin desflorarte el alma, el entender, la voluntad, la decisión y el juicio. Antes de vos nada: camino para encontrarte fue el mío, búsqueda por todas partes, en los rincones de las casas, en los besos antes dados, en las manos que acaricié antes, Clara, en la ansiedad que no se me quitaba y que crecía sin cesar hasta vos, hasta tu estampa, hasta tus piernas y tus caderas y tus pechos, hasta que apareciste frente a mi sentada sin que pudiera siquiera haberlo previsto de antemano; inesperadamente apareciste, te sentaste y me esperaste, sin saberlo, a que llegara hasta esa puerta y la abriera y te encontrara frente a mi, incólume, entera, firme, maravillosa, rebosante en tu belleza, en tu energía, en tus ideas, expansiva sin querer y sin pensar que lo eras, simplemente llenando todo con tu olor, tus dones, tu cuerpo, tu mirada que lo abarcaba todo incluyéndome, llevándome hacia vos como no me había nadie llevado nunca, amarrándome a tus futuros besos, a tus futuras caricias, a tus futuros jadeos en el amor, a tus futuras sonrisas y gritos en el orgasmo, atándome a vos, a tu ser que ya amaba desde antes de conocerte porque te buscaba a tientas, sin saberlo pero intuyéndote y saboreándote antes de tu aparición de frente, sentada frente a mi en esa tarde gris y fría en que apareciste. Así ha sido, Clara, tu encuentro conmigo, mi encuentro contigo en este tiempo caótico en el que vivimos, en que termina el siglo y el milenio, cuando tantos previenen sobre el fin de todo y se alarman rasgándose las vestiduras mientras nosotros, amor, nos acoplamos gritando y jadeando en cualquier parte, en cualquier lugar que nos ofrezca espacio, sostén, asidero suficiente para el vaivén sabroso en que nos mecemos sin importarnos nada más que el centro exacto donde nos unimos, nos mojamos, nos penetramos mutuamente. Corre el hombre recubriéndose de acero, de hierro y aluminio; lanza humo y niebla, se atormenta mientras vos, fruta, mujer mojada en el río, abrís lentamente las piernas y dejás ver la semilla rosada que guardás y mostrás sonriendo sin nada que te cubra, sin nada que te proteja, sin nada que vele la verdad que mostrás feliz, sin pudor ni pena, incontaminadamente, húmeda y expectante ante el amor, ante la añoranza de la penetración que te humedece toda y te hace brillar más que anhelante. Te mostrás*



*como almendra, como fruto, como cuerpo penetrable, asible, acaricia-ble; te movés lentamente y te presentás como sos: besable y succiona-ble en todos los recovecos acolchados de tu cuerpo. Clara que vivís por suerte en la esfera en la que habito, que respirás mi mismo aire, que ocupás el lugar disponible de mi cama. Clara que te topaste con mi esfera, con todo lo que denoto y me denota, con mi ansiedad adolescente y mis manos solas. Clara que te quedaste, increíblemente, en la trampa burda que había armado; que caíste mirando condescendentemente mientras temblaba yo, mi cuerpo, mi alma, mis manos de cazador inepto. Seguíis sonriendo, mirando de soslayo, haciendo que tropezás en la trampa siempre mientras preparo aperos en torno a vos, ingenuo cazador cazado por tu cuerpo, tu voz, tus manos y tus uñas largas que movés, siempre, según las circunstancias y que están marcándome la vida, Clara, como en la habitación en la que estabas una tarde gris y fría, repito, de casi fin de siglo."*



**No declinan en su atracción. Sienten placer en recordar su encuentro y reflexionan, una vez seguros que seguirán juntos, que todo ha sido fruto de una necesidad ciega que los tiene a ellos en el centro**

Debieron saciarse según las leyes de la vida que establece límites, fronteras, caducidad del esfuerzo sostenido. Debió aflojarse la tensión en que vivieron ellos. No llegó, sin embargo, el angustiante momento del declive: el fin de las circunstancias no se avizoraba; se siguieron renovando los votos susurrados al principio, siguió cautivándoles el olor, los roces, las miradas; continuaron sintiendo zozobra cuando se daba la ausencia prolongada y sintieron necesidad de complacerse siempre. Se sucedieron los días juntos; cimentaban entre los dos un mundo.

Llegó y tocó cercana la muerte. Ésto se menciona por grave y fuerte, porque no permite a nadie dudar de su importancia. Ella une, generalmente, a los que quedan. Los unió, pues, la muerte, pues ellos quedaron en el mundo. Pero hubo más, mucho más que la muerte que estuvo cerca y pisó el espacio que ellos habitaban. Hubo cosas más chicas, más insignificantes, que fueron soldándolos sin que se dieran cuenta. O se dieron, tal vez, y lo gozaron. Se vieron a los ojos, a veces, cuando se percataron que se estaban acercando. También a veces sonrieron, cómplices, al ver que el umbral en donde estaban era para dos, no para uno.

No lo buscó ninguno, pudo no pasar, pudieron no estar en el lugar en donde un día se encontraron pero estuvieron: ella sentada en el lugar exacto en donde él se la topó de frente, ineludiblemente a mano, inescusable, viendo hacia abajo levemente a la izquierda. Hablaron por lo tanto del azar, de las posibilidades infinitas de no hallarse en el mundo que hoy sabían ancho, espacioso, lleno de recovecos desconocidos. Se solazaron pensando que estaba predestinado su encuentro, que no había posibilidad de que no hubiera sido, tantas eran las casualidades que les habían llevado a juntarse. Fueron repasados los vericuetos que habían sorteado ciegamente, como salmones remontando el río, para llegar al lugar en donde se habían detectado. No se cansaron de recordarlo todo, se complacieron en ello y dedujeron que así tenía que haber sido, como si cada uno hubiera sido puesto en un sendero que llevaba al otro en algún punto. Exageraron, pues, las circunstancias, se sintieron centro, punto de atención, gente predestinada a estar allí en ese estado, importantes por ser objeto de interés -según pensaban- de una naturaleza ciega que los juntaba. *"No podía ser de otra forma, amor, estaba escrito"* decía él que nunca había creído hasta entonces que nada estuviera establecido de antemano. Hablaron y hablaron sobre ello, no se cansaron, volvieron mil veces sobre el tema en los cafés a donde iban a sentarse, en los parques andando de la mano por la tarde, mientras comían juntos, cuando estaban en los largos corredores del lugar donde habitaban. Hablaron de ello, por supuesto, después de acoplarse, a cualquier hora, porque siempre se amaron en cualquier mo-

mento. Era el mejor tiempo para hacerlo, recién se habían desfogado y podían certificar entre jadeos que estaban bien, que era la forma cabal que esperaban encontrar en su camino.

Se supieron, por lo tanto, destinados uno al otro. Eso encendió sus ojos, dio seguridad a sus gestos, timbre a su voz, firmeza a sus pasos. Crecieron juntos los dos más que cada uno separado. Les hizo aumentar el encontrarse. Se apoyaron, sostuvieron, impulsaron entre ellos para poder crecer más allá de lo ordinario.



### **Llegué a ella sin buscarla**

*"Llegué a ella sin buscarla: di vueltas, salte de un lugar a otro, estuve en partes diferentes de este mundo; nunca pense pertenecer a nada. Fue como un lugar seco al que se llega después de caminar bajo la lluvia fuerte. Pude no haberla visto, haber estado en otro país, en la ciudad de al lado, en una casa equivocada y pudo haber pasado sin que la viera. Pudo no haber estado nunca en esa parte del mundo; se fue acercando a donde yo estaba poco a poco, de país en país, año tras año; pasaron muchas cosas pero al final, siempre, siguió avanzando hacia la silla en la que la encontré sentada. Y yo salí hacia el lugar en donde nos encontramos sin saber siquiera a dónde iba. Fue como ir a un punto desconocido en el mapa de la pared del frente. Pude haberme arrepentido, haber querido otras partes, otros idiomas, otros paisajes tal vez más cercanos, más tibios, más placenteros. Los dos nos acercamos a esa tarde en que la vi yo (lo certifico ciertamente por mí) sentada entre todos, hablando entre el humo de los cigarrillos que apenas estaba conociendo. Era a mi a quien debía llegar, no cabe duda. Su piel no me fue ajena, ni sus palabras ni sus sueños. Fue echada al mundo para llegar hasta mis manos, por eso no me fue extraña, porque había sido construida paso a paso para mi cuerpo. No me encontré con ella, simplemente llegué a donde debía, a mi sitio cierto, seguro, a mi lugar legítimo. Fuimos contruidos pensando en el otro, partimos a la vida sin saber que estábamos comprometidos de antemano, que no podíamos hacer nada que no estuviera escrito en el destino y así, a veces, intentamos variar el rumbo de las cosas, ajenos al hilo de la vida que tiraba en el extremo aproximándonos. Oí su voz, vi sus piernas, el perfil fino, los ojos claros, el gesto enérgico de la mano y el espíritu volando sobre todos esa tarde. Llegué, pues, al puerto sin saberlo cinco segundos antes del ataque, dos milésimas antes de poner la mano sobre el picaporte de la puerta que abrí para encontrarme con ella sentada, de frente, como un destino".*



**Canto al coito continuo en que se sumen.  
Canción de amor erotizada.  
Vertimiento de líquidos sobre ellos mismos**

Nevaba en el tiempo que se narra. No habían llegado aun a los lares donde sopla el viento salitroso del océano, donde bate la mar y llueve a cántaros por las tardes. Miraban su lugar de procedencia desde lejos y podían divisar los quiebres generales del paisaje, las honduras de la historia de los grupos de gente a los que pertenecían. Aprendieron a querer las entrañas de las que provenían y se vieron como parte del todo general que ahí miraban.

Pero en ese entonces nevaba. Caía silencioso el manto blanco y dejaba sin resuello a las aves en la calle. Se detenía el tiempo en la habitación donde dormían. Pasaban las horas y los días cálidos en el recinto en donde estaban. Afuera el frío avanzaba y penetraba todo. Un silencio enorme se apoderaba del mundo. En el espacio ardiente de su cuarto crecían generosos sus cuerpos. Sobre la cama Clara se mostraba limpia y desnuda: ofrecía los pechos apretados con los brazos, abría las piernas, mostraba las nalgas que se abrían, despacio, para dejarse penetrar del todo. Gemía y decía las cosas que sentía. Duro, enhiesto lo agarraba a él con las dos manos, chupaba la fruta carnosa que llenaba de saliva, que sobaba y paladeaba hasta sentirse llena de sabia que chorreaba por la comisura de sus labios. Retardó el gozo final de la entrega, se ofreció en las formas que llevaban más fuerte al final del jugueteo. Se mostró joven y bella, amplia y limpia, sin pudor alguno de mostrar todas las esquinas de su cuerpo. Aprendió a jugar con el fuego que encendía entre los otros, a mostrar y azucar para encenderse ella. Poco a poco conoció los trucos escondidos que tenía en cada uno de los gestos, las formas más sutiles del encanto. Prendió el celo de los machos circundantes con el olor frutal de su vagina. Disfrutó con él su crecimiento, su vista nueva descubierta con el coito, con el placer del sexo. Fueron abriendo los ojos lentamente. Se supieron en posesión de un cuerpo, del lenguaje agudo de los gestos, las miradas y las voces. Fueron cincelandos las formas que supieron eran las que más los encendían. Se acicatearon mutuamente, diéronse alas uno al otro y fueron viéndose entre luces. Ella se supo hermosa, exuberante, suave. Exaltó, para alzar lo que buscaba, las partes más hermosas de su cuerpo. Mostró, apretó, levantó y sonrió cuando se vio a sí misma. Él perdió el aliento para siempre, se endureció y deseó recorrerla todo el tiempo, mojarla, enhebrarse entre sus piernas gruesas. Humedecieron el lugar donde habitaban, dejaron pegajosas las frazadas, inundaron con su olor los días invernales de ese tiempo. Era el tiempo de las manos y la lengua, de la saliva corriendo por los lomos curvos que se arqueaban, de los pies entretejiéndose y los dedos tensos a la hora del orgasmo. Cimbraron los dos por la mañana, por la tarde, la noche, a toda hora. Aprendieron a chupar, lamer, acariciarse, a sacarse de adentro los zumos viscosos de la vida. Se bañaron en sus propios líquidos fundamentales que vertieron sin ahorro en las crispaciones continuas de su encuentro.

Enredaron los cuerpos en las sábanas blancas que manchaban, salpicáronse las manos, las bocas, los labios, los pechos con el impulso que brotaba de su cuerpo. A Clara le creció el busto y los pezones se le pusieron duros, oscuros y redondos. Aprendió a resaltar los ojos para hacerlos más profundos, evidenció las rotundeces de las piernas, de la cadera ancha, del seno cubierto por las blu-

sas. Adquirió mayor aplomo, más hidalguía, evidenció facetas antes tapadas de su genio. Creció en su trato diario con la gente, hizo sentir su estampa en donde estuvo, donde pasó, en donde andaba. Indicó con su voz grave los rumbos preferidos de su fuero. No vaciló en afirmar su verbo y reclamó su espacio preferido, el necesario, el que creyó que le pertenecía. Clara amó, se derramó y gimió, así como afirmó su ente en donde estuvo.

Vivieron, pues, el tiempo correspondiente al amor. No escatimaron nada, no sintieron haber dejado cosas de lado. Crecieron ambos hacia los límites que su naturaleza había puesto. Nada fue dejado para después, para más tarde, cuando haya tiempo. Al contrario, se entregaron sin tapujos, sin reticencias, abigarradamente, húmedos todo el tiempo; supieron de las marcas que deja la atracción ajena. Se vieron desnudos, amplios, abiertos y estremecidos. Se conocieron en las formas más íntimas de cada uno. Se supieron los ritmos mutuos, la forma específica de estar en este mundo.



**Todo lo anterior fue un preámbulo, espacio cerrado que prepara al corazón para la tempestad que sigue.**

Se prepararon, sin saberlo, para las formas ásperas que adquiere la vida. Construyeron un bastión de amparo, un contrafuerte grueso contra las marejadas frías que se aproximaban en el horizonte. No sintieron el viento crudo que soplabá, contradictoriamente, desde las partes más tórridas del planeta. Siguió retozando en medio del vendaval que arreciaba poco a poco en torno a ellos.

Cayeron algunos de los pinos cubiertos de nieve que se encontraban en derredor suyo, tal era la fuerza del viento que soplabá. Hubo ventiscas alarmantes para todos: se cubrieron los caminos, cayeron algunos de los puentes que comunicaban las pequeñas ciudades medievales del país en donde estaban. Creció continuamente la tormenta y prevaleció durante mucho tiempo, mucho más que el soportable normalmente.

Se asustó la gente que vivía en torno suyo. Vieron como crecían los augurios nefastos junto a ellos. Era evidente, no había forma de entender las cosas de otro modo pero ellos no miraban, atentos como estaban a los largos escarceos impuestos por el conocimiento mutuo de sus cuerpos. Se llenó de nubarrones grises el cielo antes limpio, no brilló más el sol, aun el invernal, sobre la tierra. Eran demasiado evidentes las formas que adquiriría el presagio del mundo que venía. Ellos, sin embargo, no veían.

Alguna vez llegó una carta que alertaba sobre el estado crucial en el que entraban. Algo dijeron sobre las cosas que pasaban e intentaron mostrarles a dónde se dirigían aparentemente sin sentirlo. Ellos no se enteraron, tampoco de esto, y cerraron el pequeño resquicio que abrió la misiva enviada.

Todo su amor se desbordaba más allá de ellos. No podían contener el rebalsarse y esparcirse como la espuma sobre todo aquello a lo cual pertenecían. Transportados como estaban sintieron tener fuerzas para todo. Hicieron escrupulosos planes que incluían salir de donde estaban, volver -decían- e ir a levantar astas pesadas para sus manos torpes, aventurarse a diseminar lo que sentían en lejanos lares. Eran éstos -pensaban- estandartes que auguraban la convivencia de todos en la tierra.

Era el amor lo que los impulsaba, el amor inmenso que los catapultaba afuera, más allá de las fronteras de los días en los que sólo se gozaron ellos. Era una fuerza mayor de la que podían ambos dominar en tales circunstancias. Alguien en una esquina sonrió y no creyó un ápice de lo que decían ambos. Ellos no insistieron. Hablaban desde los pequeños resquicios que dejaban las paredes del lugar en que se amaban; sólo de tarde en tarde decían algo que los demás interpretaban. Fue así como supieron de la fuerza que gestaban y a partir de allí fue que atisbaron las nubes tormentosas que se agolpaban en el cielo. No había

nada más, sólo intuición que tanta fuerza no podía quedar contenida en ellos. Se agolpaba el tremendo vendaval que gestaban. Se hinchaban los muros que detenían el coraje ardoroso que tenían. ¿Qué más podía pasar sino lo que todos temían y advertían a su paso?

Dos fuertes vientos se encontraban, los de afuera y los de adentro. Estaban por chocar y se notaba. Era la forma que adoptaba en esos tiempos el modo de amar a los demás, los otros, los ajenos. Pensaban en lo de afuera porque eran ricos y fuertes desde adentro; nunca pensaron en regodearse sólo en ellos, en quedarse disfrutando uno al otro como si el mundo terminara en sus contornos. Tendían las manos hacia afuera porque estaban llenos de sí y se sentían. Es decir que desbordaban las formas más insignes de entregarse. No se quedaron circunscritos a su esfera y fueron más allá de su horizonte, en el que estaban. Levantarían emblemas que avisaban de formas más rectas de encontrarse entre los hombres. Llevarían mensajes, acarrearían en su espalda las leyendas que habían escrito otros para infundirse ánimo en horas similares.

Era lo mismo que venía repitiendo Clara desde el día en que él la vio de frente con la mano en alto. No había novedad en el discurso, lo habían conocido ambos desde hacía tiempo y el amor lo desbordó más allá de ellos mismos. Es decir que crecieron viendo las múltiples puertas que entre los dos abrían, juntos, para adelante.

Nadie los embaucó en nada; nadie les dijo cosas falsas; nadie crea que no pudieran discernir lo que pensaban; asumieron siempre lo que decían, lo que escuchaban, lo que querían hacer más allá de su encierro inicial donde gestaron la fuerza común que los distinguiría luego. Años después escucharon decir que algunos no sabían, que alguien había embaucado a más de uno y que las ansias de ese tiempo no eran reales. Falso. Ellos asumieron todo. No quede ninguna duda sobre esto. Fueron ellos y no otros los que pensaron, los que decidieron lo que hacían, los que se responsabilizaron por sus actos. Crecieron haciéndose saber que se estaban desbordando y que no era mano ajena la que los empujaba a nada.

Pero hicieron por entender las cosas, no fue sólo el amor lo que los impulsó adelante. Bucearon entre causas y percances, relaciones, teorías, propuestas, esquemas y retóricas formas de abordar las cosas. Se preocuparon por aclararlo todo, por hilvanar el curso que llevaba a lo que pasaba entonces. Todo lo quisieron abarcar para saberlo. Pensaron que no era legítimo dejar que fueran otros los que entendieran. Por eso anclaron los ojos en los libros, pasaron horas, días enteros rumiando entre ellos para saber, al fin, lo que decían. No quisieron que nada se escapara de su seso que se abría generoso a toda hora. Crecieron así también, no sólo en alma, sino en ésto que tenía que ver con entender las cosas. De eso se trataba después de todo: sentir y entender el mundo circundante que miraban. El amor había llegado sin querer, añadiendo aristas nuevas e importantes a sus planes; pero lo inicial había sido conocer para qué estaban, por qué debían hacer lo que querían, a dónde debían acudir para saber a dónde iban. No querían dejar nada sin apuntar, sin meditar, sin discutir ni calar en lo profundo. En eso estaban: ser autónomos, libres en su albedrío, amplios en su criterio,



responsables de sus actos, de sus palabras, de los más pequeños movimientos de sus vidas.

Así lo habían decidido.

Así como se amaron libremente, porque querían, sin que nada ni nadie los empujara, así también decidieron saber del mundo que les había acogido. Supieron por ello asumir sus actos, sus palabras, sus ademanes, sus opciones. A nadie bendecirían o culparían después por lo hecho, trataron de crecer para asumirlo todo como propio. Por eso se amaron y por eso estuvieron largo tiempo en claustros semioscuros leyendo y atiborrando el seso con datos, fuentes, largos discursos que más tarde sabrían tener en cuenta para decidir sus cosas.

Eligieron, pues, los actos que llevaban el rumbo del destino. No es que no vieran la tormenta, como pensaban todos, es que sabían que estaban en ella. No aquilataron, eso sí, la terrible violencia en la que se estaban adentrando. Sabían de sus diligencias, de lo que querían, de los pasos a dar en el futuro; pero no sabían aun, a ciencia cierta, la fuerza del huracán en el que entraban. Por eso era el temor de aquellos que estaban cerca. Los veían acercarse a la tormenta de la mano, se sentía junto a ellos el silbar del viento, el escozor de la arena levantada en vilo y temían cada vez más por lo que sucedería.



**En otro lugar manda la bestia. Véase lo que hace sin recato: asalta, mata, se engolosina haciendo todo esto. Es ella a la que temen todos.**

En otra parte, mientras tanto, lejos del mundo que ambos construían juntos, crecía un rugido feroz bajo la tierra, un retumbo que lo llenaba todo, que hacía vibrar de miedo las entrañas. Era ése, por demás, su objetivo: hacer castañetear los dientes, sudar las manos, temblar las rodillas. En eso encontraba, en parte, razón de vida ese rugido, en mantener en vilo a todo el mundo. Se dejaba oír y reía, por lo bajo, mirando de soslayo el miedo que metía. No tenía otra forma mejor para afirmarse, para sentirse a sí mismo presente en esta tierra, que pensar que avasallaba, que mandaba, que había quien hiciese su voluntad rugiente.

Pobre bestia feroz, hedionda y fea, insegura de sí, lado menor de la especie, enana de alma. Como un pavo abría la cola inmensa hasta dolerle el culo y sonreía oscura sin saber del ridículo que hacía. Torpe al andar, babeante, perrechada siempre con cientos de adminículos mortales caminaba haciéndose alabar por los descascarados de entendimiento, por todos aquellos que temían perder lo que habían juntado empujando a los demás hacia el barranco.

Nada se le escapaba a sus ojos inyectados tras los lentes oscuros color verde. Había visto a Clara y lo había visto a él y sabía de su crecimiento juntos. Los estaba vigilando. Sus movimientos le eran conocidos. Sabía de ellos y de sus ansias de desbordarlo que tenían. De allí entonces que les siguiera siempre, a donde fueran, con alguno de sus tentáculos viscosos. Era implacable al ir tras aquello que le molestaba.

Bajo la gorra estrafalaria guardaba un cerebro atento a todo lo que se movía. En su cubil vigilaba la selva que le rodeaba espesa, y hacía subir a otros hasta la cresta lejana de las ceibas para atisbar atentos el horizonte entero. Se cuidaba hasta de sus más cercanos coetáneos, no sabía sentarse de espaldas a la puerta y armaba trifulcas con quienes se acercaban a verle las uñas renegridas.

Rugía de tarde en tarde desde el lugar abyecto donde refocilaba el culo. Gemido largo, estéril, aberrante que se prolongaba sobre toda la tierra, sobre las márgenes de los ríos inmensos que corrían silenciosos entre el verdor de la jungla, entre los edificios blancos erigidos en la profundidad del bosque; bajo las copas frondosas de los matilisguates. En esos lugares atisbaba también a todo lo que se movía. Atento estaba, pasaba horas interminables aguzando los sentidos que vigilaban todo. Saltaba instintivo tras cualquier cosa que pasara y dejara ver la vida en crecimiento.

Era implacable. El cerebelo le dictaba la forma mejor para descuartizar a otros. Se exprimió la parte pequeña que le servía de seso y supo inventar formas macabras para arrancarles las entrañas. Bestia procaz e ignominiosa reía ante el sufrir de los demás a los que masacraba. Era ayudado para hacer las cosas; recibía desde otras partes ajenas a sus lares apoyo incondicional por lo que hacía. Era un mundo oscuro que entregaba a quienes compartían el vocabulario procaz que utilizaba.

Era odiada la bestia, aborrecida. Era temida también, horrorizaba. Muchos sintieron su aliento en la nuca, el espinazo se les erizó al oír su resuello cercano, y así se fueron del lugar donde vivían, donde habían hecho las cosas importantes de su vida; no podían estar en el mismo ámbito que ocupaba la bestia que acechaba. Se fueron muchos. Llegaron a formar legiones apiñados en las fronteras terrestres del lugar en donde daba vueltas el hediondo ser del que se habla. Cruzaron a nado los ríos, atravesaron montañas agrestes, altiplanicies grises y frías, escondiéndose de las huestes de la bestia que les vigilaba siempre. Fueron borradas sus casas de la faz visible de la tierra; saquearon sus cementerios, sus huertos, los rincones de los bosques donde antes buscaron leña, helechos, nidos de aves relucientes y hermosas.

No pudieron siquiera despedirse de los lugares que habían habitado perpetuamente y a los que pertenecían por derecho y sentimiento. Salieron corriendo perseguidos por el fuego, los gritos iracundos, la voz aguardentosa de los jefes que comandaban las hordas que atacaban sin clemencia. Siguieron viejos senderos que conocieron siempre, y así se adentraron en la noche que les brindó amparo ante la persecución que se había desatado.

Los ríos borraron sus huellas; también la lluvia lo hizo, pero fueron avistados desde el aire e hicieron caer fuego líquido sobre ellos. Muchos murieron desollados, quemados, mutilados. Cayeron en los bosques que habían habitado. Las montañas peladas por las llamas mostraron sus huesos calcinados. Otros no fueron encontrados de inmediato pues borraron sus huellas los que les perseguían. Años más tarde serían encontrados en montón abominable en huecos inmensos a los que algunos llamaron fosas. Estaban como ateridos por el miedo sus esqueletos blanquecinos, las manos en cruz sobre la espalda, las cabezas exangües, los dedos y los pies crispados en la incómoda posición de la muerte. Ya no tenían ojos para entonces, no podía vérselos el odio que seguro trasuntaban (*"Sólo estábamos nosotros para verles las órbitas vacías y saciar su odio con el nuestro. Nunca perdonaríamos lo que les habían hecho. Ellos iban saliendo de la tierra, sus esqueletos marcados con la saña de los que los habían perseguido, y nosotros no podíamos sino ver lo que se había perpetrado. Dijimos que no olvidaríamos nunca, que siempre tendríamos en cuenta lo que había sucedido. Salieron los tíos, los padres, las madres, las hermanas de la tierra negra que les cobijó por años. Estaban muertos por su culpa, por la bestia que seguía mandando en ese país boscoso, vacío desde que ellos ya no estaban. Lloraron las madres que creían secas las cuencas de sus ojos. Gritaron de nuevo las esposas, los hijos de los que estaban en los huecos en donde habían sido echados por las huestes. Era como para no volver a pisar nunca más esos lugares. Era para abominarlos siempre, para tratar de borrarlos de la mente y dejar que el tiempo los tachara totalmente"*).

Era allí a donde volverían, a ese mundo desgarrado. Siempre supieron que ese era el lugar que ocuparían y que podían llegar a estar, como los otros, en los huecos terrosos llenos de esqueletos. Era terrible vivir en ese tiempo, tener que enrumbar el amor, las fuerzas, la esperanza hacia lugares del calibre referido. Hubieran preferido otro destino, otra obligación que la que les estaba marcada en esos días. Pero así era el mundo en el que estaban. Partieron, pues,

Rafael Cuevas Molina

hacia esos lares, seguros de aportar con sus dos manos, sus ojos, sus deseos y sus pasos.





## Clara ¿de dónde?

Pero Clara no volvía. Iba a dónde era él no ella. Clara venía de una ciudad y un río. Básicamente. Una ciudad creciendo sobre la orilla de un río ancho que se desliza gris hasta llegar al mar. De las aceras de esa ciudad donde jugó en su infancia. Una ciudad pequeña, acicalada, llena de árboles, balcones mirando al mar, al puerto, a los barcos que llegan y se van pitando. Hay una rambla ventosa, desierta a veces, a donde llevan las calles que bajan despacio, casi en silencio. Clara las recorrió pequeña, adolescente, de blanco, azul y moña primero, corriendo tras de sí después, en los años en que se buscaba hasta tarde en la noche junto a los amigos de aquellos tiempos. (*"Clara te veo y te quiero ahí también, como te quiero ahora, creciendo siempre aunque te cueste tanto, buscando el lugar que pensás te corresponde desde entonces; desde las butacas de los teatros, desde las sillas y las mesas de mármol de los bares, desde tu pupitre del liceo gris al que te enviaron, desde las bancas de los parques, desde las calles otoñales de tu ciudad querida, Clara, que tanto amás y tanto esperás tener cerca, como yo quise y anhelé la mía. Amor, niña mía, te veo estar de pie junto a esa mar que añorás, en tus quince, catorce, trece años tiernos y expectantes, viendo llover en primavera desde la ventana de tu cuarto esquinero, más allá de General Flores, junto a la terraza donde se debía secar la ropa limpia, arriba de donde están tus padres sin presentirte ahora, cuando por mí salís y te vas a esa lugar hediondo de donde vengo. Clara, mirá desde acá tus avenidas, tus veranos en la playa, tus lecturas de Moliere, de Flaubert, de Víctor Hugo; mirate actuando, andando con la tropa que te acompañaba entonces; en la feria interminable del domingo; mirate comiendo tortas fritas, recordá lo que hiciste, que de ahí venís, cuando no estaba yo ahí donde vos estabas, ya que yo te encontré después, de frente, sentada levantando la mano derecha mientras los demás te oían decir que el mundo no era como debía"*).

Viene de ahí Clara, la niña transparente de ojos zarcos, pequeña a la que nunca nadie amaría como lo fue más tarde, desde ese invierno gris de trenes, cuartos y ventiscas. Viene de las calles que más tarde encontraría calamitosamente descascaradas, ajadas, envejecidas por el tiempo y la desidia en que cayeron mientras se ausentó por años.

Clara levanta el rostro, a veces, de tarde en tarde, nada frecuentemente, y se ven pasar por sus ojos zarcos los trolebuses lentos que esperaron para desaparecer su vuelta, años después, arrastrándose por las calles sin cuestras, anchas, en donde venden maní garrapiñado en las esquinas mientras dura el invierno frío pero sin nieve que allí sucede.

Clara viene del sur, de un lugar más allá de las montañas que siempre le sirvieron a él de horizonte en su infancia, más allá de las selvas impenetrables del Darién, de los mares azules que rodean al istmo que, intacto, fue seguramente el Edén hace ya bastantes siglos. Ni aun desde las crestas más altas de la cordillera que atraviesa el estrecho istmo del que él proviene puede otearse el lugar en que creció Clara, la niña, la educada, la pulida con esmero, la acicalada para la vida por los padres que la veían crecer desde sus manos hacia la interrogación que es, siempre, el mundo al que hay que dejar que vayan los hijos de uno.

Rafael Cuevas Molina

Clara viene del café con leche a la cuatro de la tarde, de los alfajores y la yerba, del copetín de las viejas y los asados memorables en los largos atardeceres del verano, cuando sopla el viento tibio del este y se entrevera entre los árboles, las aceras anchas, las calles rectas, los balcones de los edificios de su ciudad maravillosa.



**Llegan, pues, a donde se han propuesto y ven, de entrada, cómo se encuentra el lugar al han llegado.**

Volvieron. Antes de llegar del todo vieron ciertos conos azules que se destacaban altos. El aire transparente permitía atisbar el horizonte hasta los límites más insospechados: entre la niebla mañanera las luces de los caseríos, los pueblos, las ciudades, un lago, las manchas verdes de la región boscosa, las laderas empinadas de los cerros circundantes. Al fondo, a ambos lados, los mares, los dos océanos mayores que bañaban las costas grises y ferrosas del país estrecho al que llegaban.

Sobrevolaron la extensión verde de la selva; más tarde aparecieron las cadenas montañosas que la cortaban en dos de sur a norte y por último los ríos de las zonas bajas, anchos y lentos, rodeados de cedros, ceibas y manglares. En sus orillas los caballos, las dantas, los tigres manchados y los tigrillos, las taltuzas, los tepezcuintles y los coyotes vigilados desde los árboles por los monos negros, cafés, colorados.

Vieron las torres luminosas de los reductos de la bestia alumbrando en derredor suyo por decenas de kilómetros cuadrados, tratando de detectar los movimientos de la vida, los ruidos en la hojarasca. Habían botado el bosque alrededor, pelado la extensión de la tierra que las acotaba dejándola seca, yerma y árida, lavada por las lluvias torrenciales que caían por las tardes siempre.

Era una tierra arrasada. Había pasado sobre ella el furor de los años más nefastos. El suelo estaba marcado por el fuego, por la furia; en todas partes se descubrían las huellas de la bestia plantadas sobre el fango ya seco. La selva otrora resplandeciente y húmeda había ido cediendo ante el avance del desierto apocalíptico que la cercaba. Vastas extensiones de tierra roja y blanca se extendían ante los ojos, a veces hasta el mar, en lontananza, en donde se confundía con la arena de las playas.

Las aves se habían atrincherado en lo más profundo de la selva; ya no se oía su canto como antes, a la vera de los caminos montañosos. Había un silencio extraño en el país al que llegaban, una espera perenne de algo que no llegaba nunca; no respiraba siquiera la naturaleza circundante. Desde el aire se avistaban los reductos húmedos de los animales y las plantas. Seguían creciendo ahí con el mismo vigor de antes, floreciendo coloridamente e inundando con su olor embriagante los espacios catedralicios de la jungla. Era ahí donde aun estaban los monos, los manigordos, las mariposas azules, los peces con la boca colorada, aletas plateadas y branquias doradas, relucientes entre las aguas de los ríos caudalosos en los que vivían. Era ese el lugar en el que aun volaban los quetzales de colas verdes y pechos multicolores protegidos por la sombra abundante y generosa de la ceiba pentandra, de los conacastes y los cedros; era donde vivían también los monos aulladores, los garrobos y las serpientes coralinas.

Hasta esos lugares llegaba el frescor del viento que soplaba desde los océanos que bañaban las costas del istmo alucinante y florecido. Se colaba entre los árboles y movía las capas de aire denso acumulado por la humedad soporífera y pesada de la selva. Se oía batir las olas en la playa a lo lejos y, a veces, lle-

gaba la brisa marina proveniente de un mar turquesa transparente en donde nadaban los peces más coloridos del planeta.

Llegaban también, de vez en cuando, los alaridos apabullantes que emitía la bestia allende las fronteras de ese mundo verde y húmedo. Todo estaba marcado en esa tierra por los zarpazos del holocausto vivido. No había resquicio de la vida que no portara marcas del tiempo transcurrido en tales circunstancias. Las casas de las ciudades se habían deteriorado al máximo, se habían despintado, descascarado y desmoronado en muchas partes. Les faltaban los capiteles, los marcos antes brillantes de las ventanas. Se habían desorganizado las calles y bajo los techos más pobres se colaban impenitentes los largos aguaceros de la época lluviosa. Las puertas y ventanas, sin embargo, habían sido reforzadas en todas las formas posibles. La gente se protegía como podía dentro de sus casas convertidas en cubiles oscuros en los que sobrevivían a duras penas, a veces sin agua para beber, a veces sin la energía necesaria para los más elementales menesteres.

La ciudad más grande del país a donde volvieron se veía polvosa y sucia. El sol pegaba inclemente sobre las paredes ruinosas de la mayoría de las casas y el olor de las alcantarillas dañadas se dejaba sentir profusamente a toda hora. Corrían ríos de aguas negras atravesando las partes más populosas; se multiplicaban los basureros a cielo abierto sobre los cuales revoloteaban cientos de gallinazos que vivían a expensas de los desperdicios de la urbe maloliente. Un vaho pútrido se elevaba de los albañales e inundaba las vías más concurridas de la ciudad que se ahogaba a cualquier hora con las emanaciones pestilentes. Los pocos árboles que habían sobrevivido al caos y al desorden se elevaban raquíticos hacia el cielo que era cada vez más plomizo y oscuro.

## Vulgares y ordinarios

En las partes altas de la ciudad habitaban los amigos procaces de la fiera. Habían construido fortalezas que bunkerizaban su existencia; se movían con dificultad en ese territorio que consideraban minado por todos aquellos sobre los cuales se imponían. Llevaban una vida de acecho y temor. Sentían que habitaban un territorio hostil y se cuidaban las espaldas de las más diversas maneras. Temían ser despojados de sus cuantiosas prebendas acumuladas durante todos esos años en los que habían cohabitado con el carnicero, y pagaban pequeños ejércitos de seres de pelambre gruesa y parada para que les protegieran las espaldas. Reían en estancias en las que entraba el sol a través de ventanas que no podían ser atravesadas por los más potentes proyectiles; cuidaban de enjear los repiraderos de los baños, las claraboyas de las piscinas, los conductos de sus chimeneas. Temían por sus hijos, por sus esposas y esposos, por sus madres, tíos y hermanos, por los amigos cercanos y los conocidos de su estirpe expoliadora; se cuidaban por ello en los lugares que frecuentaban: en los colegios, los restaurantes, los clubes, los cines y los salones de baile a los que asistían. Llegaban a todos lados acompañados de hordas armadas hasta las cachas que se desplegaban siniestramente a su paso. Sólo así sentían que podían moverse moderadamente seguros.

Jamás pensaron que eran víctimas de sí mismos. Echaron la culpa a todos los que no se encontraban en el más íntimo círculo de sus conocidos y manifestaron sin tapujos que eran ellos las víctimas de la barbarie desatada por los inconformes. Dijeron ser los descalabrados de todo lo que pasaba y no pensaron ni por un momento en las racimos de gente que salían corriendo, atravesando los montes, hasta establecerse en los límites externos de ese país de bosques.

Estaban seguros de tener la razón y el sentido último de la vida entera. Admiraban inconmensurablemente lo que hacían fuera de su entorno más cercano aquellos a los que consideraban los seres verdaderos, los de la palabra cierta, los disciplinados, trabajadores, creativos e inteligentes. Querían ser como ellos pues se sentían como sus hijos putativos nacidos por casualidad lejos, bajos y morenos. Para ello se teñían los cabellos de colores claros como el amarillo, el rojo o el caoba cobrizo, que les hacían asemejarse más con saltimbanquis carnalescos que con aquellos a los que admiraban profundamente. Aprendían a golpes la lengua en la que se comunicaban los seres a los que rendían la pleitesía mentada, y la utilizaban para hablar con los amigos, los socios en los negocios, las amantes y los amantes y en los viajes que hacían, lo más frecuentemente posible, al lugar en donde habitaban aquellos de los que tan enamorados se mostraban. Incluso con los hijos llegaron a utilizar ese lenguaje para decirles las cosas más íntimas, más importantes de sus vidas de infantes, de niños y adolescentes, y sólo dispensaron de tal forma de comunicación a los que ellos consideraban que jamás podrían ni deberían acceder a tales formas superiores de entenderse entre los hombres: los criados, que eran, por cierto, casi todos los que estaban fuera de su círculo más íntimo de relaciones.

Utilizaron algunas de las formas más sofisticadas de la tecnología comunicacional para transmitir sus mensajes en ese idioma que no les pertenecía. Compraron máquinas que no necesitaban cables, ni antenas, ni conexiones de



ningún tipo para que pudieran funcionar perfectamente. Cuando les fue posible hicieron ostensible el uso que hacían de tales maravillas: cuando almorzaban presurosos en algún lugar de comida rápida cargada de condimentos emplastificados y desechables; en el alto de las bocacalles y en los congestionamientos agudos del tránsito a las siete de la mañana, a las doce y a las cinco de la tarde; en los cócteles, los ascensores y las peluquerías de alta escuela en donde se alisaban, casi todos los días, los pelos teñidos de los que tanto gustaban.

Pasaban los fines de semana en las playas y en sus casas ubicadas, estratégicamente, en las altas montañas que les recordaban sin querer algunos recodos de Suiza, país admirado enloquecedoramente. En las orillas de los océanos se habían hecho construir balnearios a los que solamente ellos podían asistir. Allí sembraron flores, árboles y arbustos exóticos que traían desde los lugares que visitaban cuando se alejaban de ese país en el que, por desgracia, les había tocado nacer y crecer. Para su solaz y esparcimiento se habían aprovisionado de artefactos ruidosos en los que se movían veloces sobre el agua y la arena gris colindante con la espuma del océano: lanchas con inmensos y rugientes motores, arácnidos motorizados de dos, tres y cuatro ruedas que estaban pintados de los colores más relucientes y brillantes, acordes con la estridencia vulgar y ordinaria del gusto que les caracterizaba.

Degustaban el whisky y el ron que compraban en las tiendas libres de impuestos de los aeropuertos y en las tiendas de los cruceros que realizaban por el Caribe anglófono. Se emborrachaban sobre todo por las noches, alrededor de las piscinas iluminadas y tibias, bajo pequeños ranchos hechos con las hojas largas de las palmeras, y que en el día los cobijaban del sol inclemente del trópico en que vivían. Se deseaban entre sí a sus mujeres y aguardaban la oportunidad para musitarles proposiciones procaces que, algunas veces, lograban concretar furtivamente sin placer, ni gusto, ni mucho menos delicadeza, pues no eran precisamente esos atributos los que los caracterizaban.

En sus casas solariegas de las montañas repartían su tiempo entre el descanso cerca de la chimenea que les hacía recordar climas más acordes con la existencia decente de los hombres, con algunas leves tareas de administración que realizaban más a guisa de distracción que de necesidad verdadera. Para administrar tenían quienes se encargaran de ello. Habían escogido y educado una estirpe de mandamases segundones que les ganaban a ellos en dureza y crueldad para tratar a los que sin alternativa habían quedado dentro de los linderos de sus extensas propiedades.

Tenían cultivos de café, de algodón, de caña; habían sido antes dueños de grandes extensiones de cultivos de índigo, planta con la que se tiñeron muchos de los paños más nobles del viejo continente. En las partes más bajas del país introdujeron un ganado giboso de orejas elefantiásicas, para el cual devastaron gran parte de los bosques húmedos tropicales en los que otrora llovía casi todo el año. Nada de eso les importaba en la medida que el destase de tales animales les brindara los dividendos requeridos.

Cuando llegaba el fin de año migraban siempre, como los patos, las oropéndolas y algunos quelonios celenterados, hacia el norte. Sólo que ellos no

buscaban el lugar del apareamiento, del desove o la reproducción tranquila de las crías. Más bien marchaban a recorrer espacios acristalados en los que se exhibía los más variados chunches inventados y confeccionados por aquellos a los que ellos admiraban tan ostensiblemente. Se ponían y quitaban todo tipo de trapos de seda, fibras sintéticas y algodón que, por cierto, había sido traído de las fincas que ellos poseían en la tierra que tanto despreciaban. Adquirían aparatos que emitían los más disímiles sonidos, pero siempre en cuadrafonía y varios canales de salida para deleitar sus oídos toscos que no distinguían géneros ni escuelas.

Se retrataban sonriendo en pantalones cortos, con licras ajustadas a sus carnes gordas que se les derramaban a pesar del esfuerzo de los elásticos por mantenerlas firmes y con apariencia lozana. En los aparatos voladores que los llevaban a tales lares tan socorridamente glorificados por estas gentes se atracaban con panecillos y gaseosas, vinos californianos y golosinas varias que les hacían sentir en los lugares más selectos de ese su vulgar universo.

Era, pues, una estirpe mediocre, pedestre y chabacana que poseía de sí misma la más alta consideración e imagen. Creyeron que podrían pasarse así la vida entera pues eran amigos queridos de la alimaña que se revolcaba entre el fango del chiquero. La auparon y glorificaron constantemente con tal de tenerla de escudo frente a la rabia y la impotencia de todos los desarrapados y malnutridos sobre los cuales imponían su dominio. La alimentaron y pertrecharon sabiendo que era el último baluarte confiable ante la ola de indignación que crecía desde todos los rincones de la tierra.

Mientras tanto sabiendo, a pesar de todo, que las cosas que pasaban eran radicalmente injustas, ocuparon algo de su tiempo en dispensar algunas atenciones a los que consideraron ellos que eran los más menesterosos entre todos los menesterosos. Fue así como formaron las asociaciones de damas caritativas que se ocupaban de mitigar el dolor de los miserables que tenían más cerca a sus palacetes relumbrantes. Organizaron cursos de alta cocina, de balance integral de los alimentos y mostraron las formas más elaboradas de hacer el crochet, lo cual podría -pensaban sinceramente- no sólo distraerles de las penurias sino también, eventualmente, proporcionar formas adicionales de sustento a sus practicantes.

Eso fue lo primero que le contaron a Clara cuando la tuvieron sentada en la sala más amplia de su casa, la de las visitas. Le hicieron ver lo injustos que habían sido los que les juzgaban a ellos como seres engolosinados nada más que con sus propios deseos y aspiraciones. Le mostraron como hasta habían criado a la hija más pequeña de la sirvienta de turno que, *"dicho sea de paso, lleva trece años con nosotros ¿verdad fulanita? y ya la sentimos como de la familia"*. Sirvieron un almuerzo frugal y, por qué no decirlo, un tanto insípido. Le ofrecieron un vino tinto que hizo enrojecer a las esposas de los hijos mayores, sobre todo a la que estaba por parir pero que parecía no haber perdido nunca la virginidad querida.

## La familia

Estaba Clara en la casa del tío de él, el más católico, el más bueno, el más adinerado. Lo estaba conociendo ahora cuando la sentaban a la mesa en donde compartían con ella esa comida insulsa que trataban de hacerle creer que comían siempre, todos los días de la vida. Le mostraron el San Antonio que había sido de la abuela y que se los había dado no por lo antiguo y costoso que era, sino porque sabía que ellos le eran devotos fieles de toda la vida. Pusieron los ojos en blanco cuando lo dijeron.

Clara miró y sopesó. Era nuevo todo eso para ella: el esplendor y el lujo en el que vivían, el verde intenso de las montañas que se avisaban desde los ventanales blindados de la sala, la mojigatería de las hembras jóvenes, embarazadas o no, que la rodeaban. El olor de las caobas de los muebles la embriagaba y las flores del jardín tenían colores tan intensos que molestaban la retina. Y en medio de todo los beatos santurrones que se alababan a sí mismos con ojos de ternero sagrado y hedentina de hábito añejo.

Obviaron hablar de los treinta primos y siete tíos y tías con sus respectivos esposos y esposas que habían aborrecido, hacía mucho tiempo, al compañero de Clara. La mayoría deseaba fervientemente perderlo de vista; los más radicales hubieran querido zurrarlo y vapulearlo hasta la muerte para ayudar a exterminar, con él, esa lacra de traidores que decían acuerpar a los más pobres, pero que no eran más que una banda de frustrados incompetentes que no sabían labrar su futuro por sí mismos.

Los miembros de la familia se habían podido abrir camino cada uno. Eran gente de negocios, abogados, médicos, arquitectos, sicólogos e ingenieros. No faltaban las ovejas negras. Aurelia, por ejemplo, que no había sabido mantener la unión del hogar y daba motivos para que la abandonara el marido, teniendo que criar sola a los tres hijos. *"Pero aparte de esos lunares, hija, que toda familia grande no puede, desgraciadamente, dejar de tener, todos se ganan la vida honradamente"* decía la abuela desde su sillón de nonagenaria, a donde llegaban a verla todos cada vez que cumplía años, con banda de música y desayuno Mac Muffin.

La abuela vivía en un caserón lleno de cuartos vacíos en donde había pasado más de la mitad de su larga vida. Desde la terraza se veían los tejados oxidados y grises de la ciudad sitiada. La casa se caía a pedazos, como la mayoría de las casas de la urbe empolvada; hacia años que no se le pintaba y no había dinero para reparar los caños, las conexiones y los repellos que se iban arruinando de a poco. En medio de la debacle crecían las plantas enormes en el patio central de adoquines rojos que se elevaban más allá de los límites del techo. Había una enredadera de flores helicoides moradas, una planta de hojas inmensas y helechos colgando en los bordes del corredor. Eran el orgullo de la tía

Cynthia que siempre había vivido con su madre. Acezante y angustiada siempre, era *"el sostén de mi madre"*, la que había dedicado la vida al cuidado de la anciana nonagenaria. Era otro lunar de la familia: tenía un hijo sin haberse casado. Lo tuvo sin siquiera haber sentido el gusto del orgasmo, el placer de la caricia lenta sobre las curvas del cuerpo.

Clara les cayó bien a todos. Era rubia, de ojos claros y hablaba con un acento lindo, como el de algunas de las telenovelas que miraban por las noches. No podía ser que fuera la esposa del infectado *"que, a propósito mi amor, ¿dónde dijiste que estaba?"*



### **Estoy, Clara, pensando en vos**

*"Estoy, Clara, pensando en vos, mi niña, en este cuarto pequeño y maloliente en donde se encierra el aire y se añeja la vida que parece eterna en este rincón del tiempo y el espacio. Pasan las horas, los días, las semanas y no hay nada que permita suponer que hay una forma diferente de estar en este mundo hostil en donde estamos. Tu recuerdo conmigo me conforta siempre; te llevo como un emblema de lo mejor de la vida, como una muestra de la posibilidad que lo que pensamos es posible y cierto. Te veo a mi lado y no tengo otra forma de imaginarte golondrina, libélula, colibrí de mi alma, egoísta que soy al pensarte sólo conmigo. Pasa el tiempo y no estamos juntos, y el cielo se encapota cada vez más; se yerguen los nubarrones grises que crecen sobre nosotros y avanzan, agresivos, sobre nuestras pobres cabezas asustadas. Es el signo de los tiempos. Cruje el mundo con el dolor y el llanto, amor; la ambición enana ha convertido a la tierra en una fragua infernal; se chapotea con las manos en la sangre regada sobre las piedras, sobre las paredes, sobre el asfalto de las calles calientes. Un terror cósmico ha iniciado su carrera de reptil. Y en medio de todo vos, amor, niña querida, frágil y hermosa como sos, recibiendo el vendaval en la cara, entrecerrando los ojos ante el polvo que te ciega y lastima, sintiendo cómo te mueve el viento del sitio en el que estás de pie, tan descampado, tan expuesto, tan sin resguardo ninguno, viendo cómo pasan a tu lado los objetos y las cosas llevadas por el viento que sopla y sopla como desde el centro mismo del universo oscuro y frío en el que estamos. El horizonte gris no deja ver sino una ligera franja roja cercana a la línea de la tierra. Es como el resplandor de un sol lejano que existe, que se intuye en estas tierras arrasadas pero que no llega a calentar el lugar en el que nos movemos. Vos lo sabés, Clara, corazón pequeño de paloma: la vida corre paralela a este rincón del mundo que es Quetzálida, en donde se entronizó la bestia purulenta y enferma que nos acecha siempre. Soy yo quien te ha traído a este cubil fétido en donde parece estar tan lejos el paraíso, quien te trajo y te instaló en este diluvio que vomita más lava que los volcanes que se yerguen alrededor de los valles en donde me escondo amor, ahora que me llamo Guillermo sin que siquiera vos lo sepás".*



## Tristes y olvidados

No se veían, no estaban juntos y se dolían por ello. Pero bastaba con salir a la puerta de la casa para olvidarse del dolor propio.

Olorosos a orines y excrementos los tullidos se arrastraban por las esquinas húmedas y pestilentes de los mercados, bajo las arcadas de los antiguos palacios coloniales, en los subsuelos de los viejos monasterios de las ciudades señoriales. Bajo los helechos más bellos y exuberantes extendían las manos pútridas; niños macilentos de ojos llorosos mostraban las extremidades raquílicas para pedir compasión y ayuda. Por doquier bandadas de harapientos encorvados y sucios, esqueléticos y hediondos hurgaban entre los despojos arrojados a los basureros abiertos al sol y al aire que expandían la hedentina por todos lados.

Era un espacio abandonado, lejano, casi secreto lleno de pústulas, tumefacciones, costras y heridas abiertas. Un mundo de hambrientos, de costillares expuestos, rodillas apelotonadas, vientres secos, mejillas enjutas, ojos lacrimosos, pelos resecos, opacos y escasos.

Estaban en todas partes los signos de la miseria: en los zaguanes de las casas solariegas, en los autobuses colectivos, en los escalones de los templos, en las esquinas, a la sombra de los puentes; en la entrada de los almacenes más lujosos, en la puerta de los cines, de los estacionamientos, de los edificios de oficinas, de los apartamentos; en las rotondas más transitadas, bajo los árboles de los bulevares más elegantes, atravesando las calles más anchas, en los callejones de tierra, en los empedrados y los pavimentados; dentro de los restaurantes de cualquier índole, a la salida de los juzgados, de las estaciones de policía y de bomberos; en las aceras del centro y de la periferia de la urbe, en la ciudad y en el campo, en las carreteras, las autopistas, los caminos vecinales y los senderos más remotos.

Se apiñaban en las más endeble casuchas que pueda imaginarse. Echaban mano de cualquier cosa con tal de construir alguna forma de refugio contra la lluvia y el viento. Armaban construcciones de lo más frágil con cartones, trozos de madera y de papel, con los restos de las construcciones erigidas más sólidamente que las suyas. Vivían acompañados por todo tipo de animales que no les servían sino para compartir su hambre y su frío; se embarraban con sus propios excrementos que se apiñaban junto a las casuchas y que no dejaban de oler más que cuando se alejaban del lugar donde vivían para ir a buscar alguna forma de sustento diario.

Se ubicaban en los lugares despreciados por todos para asentarse: en las laderas de los precipicios, en los basureros más grandes, bajo los puentes más ruidosos por donde transitaban miles y miles de autos diariamente. Se agarraban a las parcelas conquistadas con uñas y dientes, así fuera que nadie quisiera reclamarles lo más mínimo del espacio que ocupaban.

Eran vistos como una lacra de la que no podían desprenderse y que había que aprovechar de alguna forma. Fueron así llevados para servir de carne

de cañón a todos los ejércitos que, a través de la historia, vegetaron y asolaron esa tierra alguna vez prometida; se les llevó en grupos numerosos para abultar las reuniones en las que se incitaba, públicamente, al apoyo de algún malhadado rechoncho tartamudo de la boca y del seso; fueron llevados, traídos, arriados, empujados y utilizados siempre que tuvieron necesidad de ellos. Jamás se les aproximó, en los más mínimo, ninguno de aquellos que se cobijaban bajo la sombra jadeante del deforme paquidermo que tenía la batuta en la mano; pero supieron encontrar a los que, en su lugar, hicieron llegar sus deseos a los famélicos y sucios habitantes de los precipicios y los puentes y abrieron, cuando fue necesario, los holgados bolsillos en donde guardaban los bienes mal habidos que les proporcionaban el poder y la fuerza que ostentaban.

A cada paso que daba Clara se encontraba con ese universo injusto. El orden de las cosas había sido trastocado. Era imposible tanto dolor e impasibilidad juntos. Antes de llegar creía que lo sabía todo sobre Quetzálida, ese lugar del que Guillermo le había hablado tanto y tan largamente. Pero la realidad superaba sus expectativas, su imaginación, su rabia y sus ideas más cuerdas. Bajo el sol abrasador y el aire húmedo que soplaba de las partes selváticas caminaba Clara golpeada y confusa.

Era un orden alterado el que se le presentaba a diestra y siniestra, era un clamor el que escuchaba, eran pasos que se aproximaban ineluctablemente haciendo vibrar la tierra que pisaba. Nadie parecía darse cuenta de lo que sucedería porque no podía evitarse el discurrir natural de las cosas. Era un mundo pobre, asustado y violento, vigilado constantemente, azotado y vilipendiado al menor movimiento. En la cima de los cerros se veían ya maniobras que presagiaban que de alguna manera las cosas no permanecerían así por mucho tiempo.

**Sigilosos y expectantes se mueve gente en la cima de las montañas lejanas y en el corazón del bosque húmedo.**

Por las mañanas, después del amanecer, en la cima de las montañas más altas y alejadas se recogían evidencias de las largas caravanas de gente que se movía en silencio sin ser vistos por ningún ojo humano. Se deslizaban silenciosamente entre la hojarasca húmeda borrando sus huellas para que no pudieran ser detectadas por las huestes atentas a todos los movimientos de la jungla. Esparcían olores diversos y variados para disimular su naturaleza. Vadeaban ríos, subían montañas, descansaban en la penumbra de la selva que les rodeaba silenciosa.

Si alguien los hubiera podido ver les habría ubicado caminando incansablemente siempre, en perpetuo movimiento, durmiendo poco y secando al sol, en silencio y despacio, la ropa que la lluvia torrencial del trópico les estropeaba. Hablaban en voz baja y sus sentidos humanos se habían ido acostumbrando a detectar los más mínimos movimientos y sonidos de la arboleda que les rodeaba.

Aunque estaban con la atención fija en las cosas que les tenían escondidos en esas profundidades del bosque y la montaña, no podían dejar de asombrarse ante las maravillas que la naturaleza pródiga les ofrecía a cada paso: las mariposas azules, los pájaros tornasoles, los peces plateados del fondo de los ríos, las flores coloradas, lilas, blancas y anaranjadas que colgaban de los árboles y las enredaderas de los lugares soleados de la selva.

Encontraban tiempo para sentarse y leer, discutir y soñar algunas cosas que en ese tiempo estaban estrictamente prohibidas. Reían quedo y comían el escaso alimento del que disponían con la más rigurosa equidad posible. Tenían confianza en que las cosas que estaban iniciando en el corazón del bosque pudieran expandirse a todos los confines de la tierra por cuyo destino estaban confinados en ese enorme espacio verde y mojado.

Pocas veces prendían fuego y procuraban, cuando lo hacían, escoger la leña más seca que pudieran encontrar; cuando lograban hacerlo, comían pequeños mamíferos casados inexpertamente con viejas armas que a veces no funcionaban como debían. Su mayor arsenal era el coraje, la voluntad, la decisión de avanzar hacia las metas que se habían trazado y que habían crecido con la furia y la impotencia a través de los años. Se habían preparado más del seso que en los menesteres propios de ese tipo de ajetreos selváticos. Pero no les faltaba nunca la fuerza para seguir adelante, aun en los momentos de mayor desolación y aparente derrota. Estaban preparados anímicamente para ello aunque sufrían y lloraban como todos, o más, en los momentos apremiantes del enfrentamiento en el que se estaban adentrando.

Clara recibió alguna vez pequeñas esquelas escritas desde los lugares en donde se movían esas columnas silenciosas. Eran papeles

sucios de tierra, arrugados y pequeños, elaborados con una letra minúscula que apenas reconocía y que parecían haber sido escritos en momentos distintos del día y de la noche. Eran misivas escuetas sin mayores adornos que hacían saber del estado de las cosas en la espesura, y de la forma como se percibían los acontecimientos mundanos desde ese lugar del planeta en donde estaba Guillermo. Clara leía una y otra vez los papelitos sucios y ajados para luego quemarlos lentamente, evitando así que fueran detectados por el naso husmeante que vigilaba todo.

A pesar de todas las precauciones, muchos de ellos eran descubiertos y aniquilados tras ser vapuleados de la forma más cruel que pueda imaginarse. Así sucedió con algunos de los seres más queridos de Clara y de Guillermo. Uno de ellos fue perseguido a través de las calles del barrio en donde había pasado gran parte de su infancia. Acorralado, al fin, en un callejón que no le permitió la fuga fue herido en el hombro izquierdo con arma de fuego sofisticada y moderna, y subido a un automóvil plenamente identificado por muchos de los que se encontraban, por casualidad, presentes en el lugar de los hechos. Eso sucedió cerca de la casa grande de color verde de la abuela que se encontraba en una de las esquinas más antiguas de la ciudad. Desde la terraza de esa casa se podía contemplar el sitio donde ocurrieron los acontecimientos aunque nadie estuvo dispuesto después a declarar nada de lo visto y escuchado.

Era el miedo cerval el que transformaba en cómplices aun a los más dulces y dilectos corazones. No se salvaron del miedo los parientes cercanos. Algunos propusieron delatar a los que enfrentaban a las huestes arrasadoras y que se encontraban en el seno de su propia familia. Un tío querido, abogado pelón que luego ocuparía los más altos cargos de administración de la justicia de esa tierra plagada de iniquidades, fue el que estuvo al frente de tales avatares. Con los ojos desorbitados por el miedo y la angustia vociferó en el lugar en donde sabía que se ocultaba su sobrina, a quien años antes había llamado con diminutivos cariñosos propios de los seres que se quieren entrañablemente. No tuvo éxito en su intento, pero quedó grabado en la memoria de los que entonces se movían sigilosamente en el mundo. Hubo primos que se comportaron equívocamente en esos días que resultaron angustiosos para Clara. Algunos, a los que se les conocía filiación lacayuna con ciertas bandas armadas solapadas y prepotentes, desaparecieron misteriosamente. Sus excusas eran pueriles y estúpidas.

Como ésta sucedieron muchas cosas. El acoso al que eran sometidos aquellos que se movían sigilosos en la espesura y, a veces, en las ciudades, era desproporcionado, propio de los seres que se angustian, amedrentan y responden nerviosamente ante lo que periclita su situación y estado.

Pero todo empezaba a escapar realmente del control de los de siempre. Había lugares a los que les costaba llegar sin ser cercados y contusos, y no podían hacer nada más que retirarse lamiendo las heri-

das y defenestrando contra aquellos que los atajaban y detenían en los laberintos de la selva del trópico húmeda.

Impotentes ante la posibilidad de penetrar en las regiones que comenzaban a transformarse en baluarte de los que empezaron a llamar "los insurgentes", dieron en utilizar todo tipo de artimañas con tal de sacarlos del lugar en donde eran fuertes. Así iniciaron la defoliación de los árboles y el arrasamiento de toda forma de vida. Desarrollaron planes escrupulosamente diseñados para borrar de la faz de la tierra a los pequeños poblados que se diseminaban en el área que se encontraba bajo la influencia de las columnas sigilosas de la selva; fue así como devastaron lugares en donde vivía gente desde hacía más de tres mil o cuatro mil años.

Dada la furia con la que actuaban, y de acuerdo a los planes que tan meticulosamente se habían trazado, convinieron tanto en desaparecer a los moradores de los poblados, como en profanar todo aquello que les fuera sagrado para anularlos y alejarlos de las raíces profundas de donde provenían. Se ensañaron con los cementerios y los más altos dignatarios de los poblados. Destruyeron los símbolos y los estandartes más preciados, los más antiguos, los más arduamente trabajados. Hicieron bajar de sus pedestales a las deidades más veneradas y rompieron los altares que habían sido construidos a través de los años con la esperanza de encontrar algún consuelo para la estirpe desposeída y humillada a la que pertenecían.

Iniciaron, pues, una carrera de reptil tras las columnas sigilosas y trataron de restarles cualquier posibilidad de vida. Redoblaron la vigilancia junto a las aguas teñidas de rojo de los ríos y cavaron grandes fosas cerca de las aldeas arrasadas.

Desde el corazón del follaje eternamente verde de Quetzálida llegaban los mensajes haciendo saber del acoso al que se encontraban sometidos los hombres y mujeres silenciosos que atisbaban entre las copas de los árboles.



### **Se apesadumbra Clara, la niña hermosa**

En las ciudades, mientras tanto, se enhebraba una intrincada red de vericuetos que apoyaba el discurrir cauteloso de los hombres enmontañados. Para ello, hombres y mujeres se convocaban a altas horas de la noche y conversaban furtivamente en los parques, las cafeterías y los buses. Nunca se dejaban ver juntos y no conocían el nombre verdadero de ninguno de los que los acompañaban en las largas jornadas de trabajo cotidiano. Leían fardos de documentos que discutían apasionadamente hasta entrada la madrugada mientras bebían café espeso, fumaban y se mantenían expectantes ante los ruidos escasos de la calle y sus alrededores. No debían ser sorprendidos nunca pues eso les significaba la muerte. Establecían relaciones efímeras entre ellos porque no podían saber, de ninguna manera, los pormenores de la vida de quienes eran sus más cercanos colaboradores.

Clara conspiraba como todos ellos y abría mucho los ojos parados de gacela inquieta que la caracterizaban.

Estaba muy asustada.

Lo estaba mientras pintaba paredes descarnadas en las madrugada en que salían a embadurnar la ciudad con gritos estentóreos; cuando esperaba en alguna esquina a que llegara alguien a quien no conocía; estaba siempre alerta y desgastada, cansada de tanta tensión y tanto susto. Le hacía mucha falta Guillermo al que no podía siquiera escribir, y sentía la soledad del cuerpo por las noches silentes en que se quedaba sola. Recordaba entonces los trenes largos atravesando las estepas nevadas, el silencio de las tardes invernales y el amor florido de esos días. Lentamente se acariciaba los senos y recordaba cómo otrora habían sido recorridos, y bajaba hasta la entropierna húmeda mientras rememoraba el acoplamiento perfecto al que se habían acostumbrado en aquellos tiempos. Casi sentía la lengua de Guillermo husmeando en las hendiduras de su cuerpo, haciéndola gemir al apretarle suavemente los pezones y se quedaba dormida después de sentir cómo se le escapaba la vida en un orgasmo.

Estaba sola y no siempre del todo segura de lo que estaban haciendo. Nunca se lo había dicho a Guillermo y pensaba en la posibilidad de hablarlo algún día, pero el momento no llegaba y los días se convertían poco a poco en meses y aquello parecía infinitamente interminable. Las tareas más disímiles y riesgosas se sucedían una tras otra y no dejaban el más mínimo espacio para sentarse a respirar tranquilamente un momento.

Había llegado como una extraña a esa estrecha cintura del mundo; había amoldado ritmos y costumbres, hábitos, rutinas, reglas y caprichos. Había sabido esconder el acento en aras de la mayor aceptación de sus congéneres. Había camuflado su identidad primaria, las formas más arcanas de comportarse que forjara en la ciudad marítima

de la que provenía; se había olvidado de los ritos de la convivencia a la que estaba tan acostumbrada, de las tardes conversando en los pinares junto al mar, mientras se cocinaba la carne de alguno de los miles de bovinos que poblaban las vastas y planas extensiones de su tierra; de las rondas de líquido verde alrededor de una estufa, calentándose las manos que enfriaban el crudo invierno y el viento que soplabá, inclemente, desde el océano o desde el dilatado y descobijado territorio del interior de su patria.

A veces lo recordaba todo con la nostalgia de quien está lejos no por voluntad propia sino por el imperio de las circunstancias. Recordaba entonces a los viejos amigos, los que la habían acompañado en los avatares propios de la adolescencia, los que habían estado con ella hasta tarde conversando en los cafetines humosos de la parte vieja de la ciudad, en las cercanías del puerto en cuyas ventanas se veía el atraque de los barcos rápidos que llegaban desde la otra orilla del río inmenso y sucio. Se recordaba a sí misma sintiéndose bella con su rompevientos azul, su falda negra y sus botas altas.

Lloraba entonces; le corrían las lágrimas por las mejillas rosadas que tantos envidiaban en esa tierra en la que habían aprendido a despreciar el color propio de la piel. Se sentía desprotegida y realmente lo estaba. Era una brizna seca revoloteando en el ciclón que arrasaba la tierra. El viento soplabá constantemente y sin respiro; nunca paraba; siempre se oía el ulular y el batir de las contraventanas en las paredes desnudas. Apenas salía el sol en su ánimo aunque el trópico se manifestara, como siempre, pródigo a raudales en luz y calor. Veía nublado el cielo, correr nubarrones hostiles presagiantes de lluvias poderosas que causarían, seguro, desgracias imprevistas. ¿Cómo decirle a Guillermo que ya era suficiente, que no podía más, que era demasiado para sus fuerzas y que quería descansar, aunque fuera un tiempo, de todo aquello que tanto la acongojaba?

La vida caía sobre ella como una catarata inmensa que la aplastaba y el ruido la ensordecía completamente. Sintió cada vez con más fuerza la nostalgia de otro rumbo que no había sido pero que añoraba con todas las fuerzas de su corazón. Vio el mapa del lugar en donde estaba y lo encontró estrecho, preñado de presagios naturales catastróficos. Los dos mares que batían al unísono las costas del estrecho istmo se le antojaron entonces demasiado amenazantes ante los endebles puentes rocosos que los detenían en las costas tan cercanas. Las selvas las vio sofocantes, lodosas, llenas de bejucos espinosos y arbustos urticantes, insectos venenosos, serpientes malignas que acechaban por doquier sin respetar el sueño, el descanso y la contemplación a la que era tan afecta ella, la niña de ojos zarcos que corría, ahora, en una tierra a la que sentía extraña a pesar de los esfuerzos que hacía por sentirla de ella.

Se volvió hosca y retraída; cambió su optimismo de siempre por ideas oscuras respecto al futuro, y empezó a ver las cosas que le ro-

deaban de una manera que hasta entonces no le había caracterizado. Clara, la niña hermosa se apesadumbró, se sintió aquejada de dolores, de enfisemas anímicos y de grandes dudas sobre todo lo que decía y hacía. Todos vieron como iba cambiando lentamente aquella cara lozana y fresca que habían conocido unos cuantos años antes. Se vio al espejo y lloró pensando que cambiaba por dentro y por fuera sin que Guillermo supiera de sus mutaciones, ni aun de las más externas y evidentes, que eran las que todos habían detectado hasta entonces.



## Parte Clara y sabe que no vuelve al sitio en donde queda Guillermo

Llegó Clara al límite que no pudo transgredir con voluntad. Decidió entonces partir e irse de allí para otros lares que le permitieran la pausa de la mañana, el descanso de la noche; intentó decírselo a Guillermo, hacerle saber de su intención de marcha, de huida, de alejamiento del teatro de los acontecimientos dichos. Pero no pudo, como siempre, y sus misivas se perdieron entre miles de vericuetos insondables que llevaban a partes que no eran las correctas. Quedaron cerradas sus cartas en alguna gaveta perdida de alguien, en un baúl, en cualquier desván empolvado. Envió muchas de ellas esperanzada siempre de que alguna llegaría al sitio que ella quería pero no arribaban al destino final al que bombardeaba constantemente con mensajes desesperados. Pasaron así los días, las noches interminables esperando una señal, un rastro, un indicio que orientara hacia alguna parte, que no dejara el horizonte mudo y sin respuesta.

Pero nada. No llegó nunca nada, no respondió nadie a su insistencia, no apareció nadie en ninguna parte, ninguna voz se hizo presente, ninguna letra, ningún papel. Oteaba el horizonte de diciembre, de enero, de febrero y marzo. Pasaba la estación ventosa, los meses de calor y los de lluvia; volvía a iniciarse el ciclo de siempre: viento, frío, calor, lluvia; noche, mañana, tarde y nada, nadie se hacía eco de su voz. Así llegó al límite último de sus fuerzas y decidió irse sin esperar más, extenuada como estaba, ajada, reseca en cuerpo y sentimiento, desvitalizada y sola.

Se despidió de los que estaban más cerca suyo y preparó los pocos aperos usados que tenía, maltratados por los múltiples viajes, las idas y venidas que habían sufrido en los últimos tiempos; dobló tres blusas viejas, dos faldas, un pantalón de mezclilla desteñido y los enseres minúsculos de siempre: las cartas enviadas por sus padres, el llavero comprado con Guillermo en una estación de tren lejana ahora, la vieja libreta con direcciones de los amigos, un libro de poemas gastado en los bordes grises y dos pequeños pendientes que eran los últimos atisbos de la niña hermosa que había sido.

Cerró la petaca chica, raspada, ajetreada y vio en derredor su cuarto. Se sentó un momento con las manos juntas entre las piernas, encendió un cigarrillo y lloró de nuevo, en silencio como siempre, dejando correr las lágrimas que le llegaban hasta la comisura de los labios. Nunca más debía volver a ese lugar, estaba segura que así sería ahora que partía. Era para siempre, para no volver los ojos a riesgo de convertirse en sal, de terminar en polvo llevada por el viento inclemente del desierto que dejaba la selva devastada.

Recapituló su estancia, el tiempo transcurrido en ese lugar volcánico, verde, desertificado en los lugares por donde avanzaba el hombre apremiado por el hambre. Quiso encontrar la alegría que traía

al llegar, las ganas de hacer, de construir como se imaginaba el mundo pero sólo pudo recordar el miedo. Rememoró la última vez que había visto a Guillermo sentado frente a ella, los dos tomados de la mano acariciándose los dedos. Recordó sus ojos, aquellos que la habían visto a ella sentada, con la pierna cruzada una noche de invierno. *"Volveré para llevarte conmigo"* pensó, sintiendo que en el pecho le crecía el amor que aun guardaba, *"y construiremos nuestro propio paraíso en algún lugar lejano en donde no nos alcance el hedor de los corrales, la pringazón del estiércol de estas bestias cuaternarias que pululan hoy tan cercanas a mi entorno. Volveré, amor, volveré por ti para hacer lo que quisimos siempre, para dejar que nos crezcan derivaciones, que florezca en mi tu savia astral, la sinfonía de voces que traemos escrita en las entrañas. No me voy, me escapo de perderte en la memoria, de cambiar tu voz, tus manos, tu aliento, tu mirada en mi memoria. Tengo que resguardarte de todo, de las vulgares carcajadas de estos tus congéneres cercanos, de sus vestidos brillantes, de lentejuelas y oropeles fatuos importados; de las ansias de figurar en las páginas mediocres de sus tristes libelos cotidianos; de sus conversaciones cortas, desiertas de figuras e imaginación, secas en medio de la exuberancia que les rodea siempre; No me voy, amor, te salvo para mí en mi memoria hasta que pueda verte de nuevo y tocarte, y podamos reconstruir las esquinas de nosotros que han quedado abolladas con los golpes que hemos recibido. Parto para preservarte adentro, en lo más recóndito y cálido que aun poseo, antes que lo pierda, inexorablemente, y sólo quede en mi el páramo, una voz seca clamando en el desierto, en las orillas ventosas de las planicies arrasadas. Salgo de acá para llevarte aunque sea en la memoria, para volver a recobrarte luego y reconstruirte con la fuerza que ahora preservo en mi entresijo, para bañarte entonces con la luz que aun pervive, que no ha cedido al huracán que está soplando desde que llegué a esta tierra de la que tantas cosas hermosas me contaste; parto para quedarme contigo; me voy para no irme; me alejo para acercarme. Quiero pensarte sin miedo, sin temor a que el vecino adivine que te siento y me delate; voy a reconstruirte poco a poco, parte por parte; recorreré todos los recovecos de tu cuerpo al que conozco tanto, husmearé en tus hendijas, bajo el cálido cobijo de tus sobacos me acurrucaré en las noches que pasaré sola en otra parte pero más próxima que lo que estoy ahora. Jamás me alejaré de veras. Siempre esperaré la caricia de tus manos, el recorrido de tus ojos por mi cuerpo, y aunque haya pasado por los dos la vida, amor, esta vida que escogimos y que nos lleva por delante sin descanso. Siempre estaré allí, para quedarme".*

Antes de irse del todo miró el cuarto chico en donde había estado; se detuvo un poco en las manchas de humedad de las paredes, la pequeña ventana alta que iluminaba tenuemente la cama cubierta con una frazada barata color rojo; el ropero desvencijado con la puerta derecha eternamente abierta. Por la calle pasó un autobús destartado y un niño rió al atardecer de ese día de noviembre en que se fue Clara.



## ESPERANZA

**En el centro del huracán Esperanza se lava los pies en el río que pasa, lentamente, atravesando una pared de árboles inmensos de los que cuelgan las lianas cuajadas de musgos y de líquenes.**

En el borde del agua Esperanza se lava los pies al filo del mediodía. Baja el torrente tranquilo y pasa junto a ella haciendo suponer las profundidades que se arremolinan frente a sus ojos unos cuantos metros más allá de donde se encuentra ahora. Los árboles inmensos de la otra orilla dejan que se descuelguen, displicentes, los bejucos que tocan la epidermis del río que pasa lamiendo las raíces que se enroscan. Es un paredón verde el que se eleva allá, a cien o doscientos metros de donde Esperanza se lava los pies lentamente escarbándose las uñas, frotando entre los dedos los terrones de tierra acumulados durante toda la mañana.

Ha caminado entre los surcos que abre Jacinto delante de ella, quitando las raíces y las piedras que van quedando en la hondonada que se va abriendo. Huele poderosamente la tierra recién desvirgada, incessantemente alimentada hasta entonces con cientos y cientos de capas de hojas que cayeron durante milenios sobre ella. Aun se pueden adivinar las nevaduras y los tallos de las últimas avalanchas que cayeron, tal vez, en los últimos cinco o seis años, antes que el manto feraz que la cubría se quemara lentamente, durante días, dejándola desprotegida, de cara al sol y al cielo que no había conocido hasta entonces.

Ha sudado Esperanza con Jacinto como todos los días, haciendo heridas a la tierra de donde esperan que surja la vida que los mantenga a ellos. Así la han pasado, diariamente, desde hace dos meses que consiguieron afincarse, después de varios años, en ese lugar en donde tienen ahora la tierra que puede cambiar de alguna forma su vida. La casa está al borde del campo al que desnudaron con el fuego. Es de cañas puestas juntas una contra otra, amarradas en hileras y trenzadas en manojos; es de paja el techo, casi sin muebles adentro, de tierra el piso en el que ya corren tres niños nacidos al hilo, uno tras otro: Juan, Terencio, Mario Alberto, que se prenden a las tetas inflamadas de Esperanza, a los pezones enormes, casi negros, que desafían la lisura de las blusas y alborotan el deseo de Jacinto.

Por las noches, cuando se aplaca el calor bochornoso del día y sopla calmo el viento fresco que viene de las montañas del poniente, duermen todos en una misma cama desvencijada en la que los chicos están para un lado y los adultos para el otro. No hay más luz que la del fogón y la de los candiles y el aire fresco se cuela entre las cañas que hacen de paredes. Es la hora en la que sobreviene el silencio y sólo se escucha el ronroneo esporádico de las pocas gallinas que duermen en el patio. No hay madrugada que encuentre a Esperanza en la cama; desde las cuatro y media da vueltas en silencio atizando la leña que prende con los rescoldos del día anterior mientras hace café, cuece frijoles ne-

gros o colorados y palmea con las dos manos bien abiertas las tortas de maíz que asa sobre un plato grande de barro al que llama, como todos sus congéneres, comal. Ni siquiera el candil la acompaña a esa hora en la que realiza menesteres que se sabe de memoria pues los practica desde la infancia, cuando junto a su madre y dos hermanas más daba vueltas desde la madrugada, igual que ahora, alrededor del fuego en donde se cocinan los alimentos diarios.

Desde entonces fueron creciendo sus obligaciones. Cuando era pequeña y apenas se levantaba unos cuantos palmos del suelo, acompañaba a su padre a desyerbar la tierra en donde iban brotando, lentamente, las plantas esbeltas del maíz, las hojas anchas del chayote, las rastreas como el frijol; pero en ese tiempo aun tenía tiempo para jugar con los hermanos y para fabricarse con ilusión muñecas de palo vestidas con retazos de tela encontrados en cualquier parte. Más tarde, conforme fue teniendo estatura y fuerza, se le fueron encomendando otras tareas: las del acarreo del agua, la alimentación de las aves, la limpieza del patio trasero, la del cuidado de los hermanos más pequeños. Sólo de vez en cuando, tal vez un viernes o un sábado por la noche, podía sentarse con algunos vecinos en el alto de un cerrito cercano al que llamaban De las Palomas a cantar corridos escuchados en la radio de baterías. Dos o tres veces antes de cumplir los quince años acompañó a los padres hasta el pueblo que le resultaba aturdidor y ruidoso. Y después se casó con Jacinto, apenas cumplidos los quince años y a los dieciséis tenía su primer hijo; *"ahora ya tenés de quien ocuparte"* le dijo la madre cuando se fue y empezó, ciertamente, a ocuparse de Jacinto y el hijo. La vida siguió siendo monótona pero sólo hasta que nació el tercero a los cuatro años de estar emparejada.

Después Jacinto dijo que se veían venir cosas nuevas: *"son tiempos de cambio"* decía cuando volvía por las noches de las reuniones de catequesis a donde asistía y de las que le hablaba a Esperanza que lo oía mientras cocía, hervía y asaba.

El empezó a salir cuando caía el sol y a volver cada vez más tarde, cansado siempre pero con los ojos húmedos y una rara luminosidad que ella no comprendía del todo. Hablaba Jacinto de los pobres, de la justicia, de los ricos que no podrían entrar en el reino de los cielos, de un Dios partidario de ellos. Y leía transportado las páginas en donde se certificaba todo lo que decía.

Y por esas salidas nocturnas ella tenía que sustituirlo cada vez más frecuentemente en las tareas diarias en los surcos olorosos con los que roturaban la costra del planeta. No era solamente eso lo que se iba agregando al fardo cotidiano de Esperanza. Cada vez que iba a recoger agua al chorro de agua colectivo tenía que oír las comidillas que involucraban a Jacinto entre los revoltosos que, seguramente, serían purgados y escarmentados por los ejércitos siempre victoriosos de ese país en el que nunca salieron triunfantes los pobres y los menesterosos. Por eso es que casi no dormía, por el cansancio que se le iba acumulando en los

huesos y los músculos que le rechinaban y le crujían doliéndole atrozmente cuando se acostaba, y por los nervios que le encendían la imaginación y le hacían ver a Jacinto crucificado, en medio de fogarones encendidos en la profundidad de la noche, mientras a ella se le pegaban a los festones de la falda los niños que lloraban muertos, como siempre, de hambre.

*"Son tiempos duros los que nos toca vivir"* decía Jacinto y ella no sabía si realmente eran más duros que los de antes cuando ella era niña. Mientras tanto cocinaba, barría el suelo terroso en el que pisaba, lavaba con el agua que conseguía en el chorro en donde oía hablar de su marido.

Sin saberlo, estaba en la encrucijada de los tiempos, en el lugar más caliente del planeta Tierra, allí en donde se entrecruzaban los vaivenes de la historia del siglo veinte que estaba por perecer en todos los almanaques del mundo que habitaba. Mientras veía por la única ventana de su casa apretándose las manos y tronándose los dedos, se estaban gestando en torno suyo los más acelerados vientos que registran los años reciente del istmo en donde vivía. No conocía el mar Esperanza, ni había visto la tierra que habitaba desde la cresta de los montes azules que la circundaban siempre, pero ella estaba en el epicentro del huracán y su estirpe sería objeto de ríos de tinta, de anatemas, de discursos, del discurrir de los más sesudos representantes del planeta reunidos en hemicírculos inmensos, luminosos y ostentadores de una limpieza como nunca en la vida podría ni siquiera imaginar Esperanza.

No dormía de los nervios, se le atrasaba el ciclo menstrual y ya no sabía si estaba encinta de nuevo, o qué es lo que sucedía con sus entrañas atormentadas que se inflaban flatulentas ante los más leves sucesos de la vida.

En todo eso piensa ese mediodía frente al río inmenso, que se desliza junto a la pared de árboles y lianas que sigue allí inmutablemente desde hace más de cinco mil trescientos cuarenta y dos años.

## En el atardecer de julio

En un atardecer de julio se oyó tronar el horizonte. Eran las cinco de la tarde y el calor abochornante del día empezaba lentamente a declinar tras los cerros que se perfilaban lejos. Hacía más de una semana que avanzaba sobre ellos el mejor armado, el más feroz, el más sanguinario y famoso de los ejércitos del istmo. Se oía el ruido lejano y la polvareda los denunciaba desde lejos. Habían esquilgado los pueblos encontrados a su paso, y borrado de la tierra más de lo que ellos mismos supusieron nunca.

Era pequeño Cuscatlán, el país donde vivían; encerraba en sus fronteras a millones como ellos: bajos, morenos, espinudos del pelo y ojos achinados tal como lo prescriben sus genes provenientes, probablemente, de las estepas infinitas ubicadas más allá del mar congelado de la parte nórdica del continente americano. Generación tras generación devastaron lentamente el manto boscoso que otrora, casi en el confín de los tiempos históricos, cubría ubérrimo la extensión completa del país liliputiense. Se morían de calor, aunque soplara el viento por las tardes como ahora, cuando se acercaba tronando el mayor de los ejércitos que jamás existiera en la memoria aun de los más viejos. Bate la mar en sus playas grises, ferrosas, iluminadas en las noches con el fragor de las erupciones volcánicas, cuando todo cae en el sopor en medio del canto estridente de las chicharras.

Es de aquí Esperanza, la mujer de Jacinto el catequista perseguido esa tarde de julio, aquel para el que fueron pensados los ejércitos que se aproximan, para el que fue construida la enorme maquinaria que adelanta paso a paso defenestrando el mundo. Es de aquí sin saberlo, es decir, sin conocer alternativa ni posibilidad alguna que sea diferente al ser de aquí y ahora. El horizonte que ve, el aire que respira, el calor que sufre es su sino natural al que no le conoce ninguna posibilidad alternativa.

Lo que truena en el horizonte se aproxima inexorablemente pero da tiempo a moverse en busca de refugio. Muchos lo hacen abandonando los pocos trastos con los que encaran diariamente la vida. Agarraron los bípedos y los cuadrúpedos flacos que constituyen su más preciado caudal, acumulado durante años de ajetreos y privaciones hasta de lo más elemental para la vida, y corrieron despavoridos hasta donde las fuerzas y el espacio así lo permitieran. Se van arrinconando contra la frontera del país minúsculo, se van topando con ella, hacinándose en los recodos que marca el mapa y que dividen artificialmente las tierras iguales de esta región del mundo. Ya no saben hacia dónde moverse, y les es difícil pasar más allá del lugar de los mojones que marcan el límite final de la tierra que les ha sido dada para que existan mientras puedan. En un movimiento oceánico se van acercando al farallón que los detiene, contra el que chocan y se transforman en espuma. No hay playa calma que los reciba, ningún lugar para morir tranquilos desparramándose silentes contra la arena blanda.

Así se van acumulando en los recodos, hostigados por los gritos de la jauría que los caza, igual que a sus congéneres en el estanco adjunto que es Quetzálida, en esta fila de países pequeños y pobres que conforman una cadena de miserias en el lugar que un día oxigenó al planeta.

Está Esperanza en medio del desastre, entre el polvo y el viento que se va levantando cada vez más ostensiblemente en derredor suyo. Se agarran los hijos a sus piernas, al festón sucio de su falda jironada y vieja, la misma que usa desde hace más de siete años bien contados. Entra ululante el viento por las rendijas grandes que dejan las cañas que sirven de pared a la vivienda; se asoma constantemente al boquete que le sirve de puerta, regresa y se estremece junto a los hijos chicos, los que la sienten su sustento y protección y a los que no sabe como cobijar de tanto desvarío. Esperanza está casi sola pues ya todos han partido despavoridos sin saber que un poco más allá se toparán con la frontera; espera a que lleguen aquellos a los que mencionó Jacinto, los que la llevarán a un lugar seguro en el cual no la podrán alcanzar los que persiguen a todo lo que está vivo en estos lares. Duda a veces si realmente vendrán y se angustia; pasa el tiempo y el polvo; el ruido, el viento y los gritos se acercan a donde está ella con los niños que ha parido.

Y ahora que son las cinco de la tarde, cuando el calor ha cedido poco a poco en medio del vendaval huracanado, aparecen de entre los arbustos del río, de atrás de los árboles, los que estaba esperando. Ahí descubre que no está sola, que aun algunos que compartieron con ella la vida cotidiana eran afectos, sin saberlo, a todo lo que enervó a la horda que los ataca ahora. Se ven como si fuera la primera vez que lo hacen, se descubren diferentes a como se vieron siempre. Llegan con los hijos que lloran desconsoladamente prendidos a las faldas de las madres niñas desdentadas, flacas, barrigonas, de pies cuarteados, manos callosas, pelos opacos y resecos; con los más viejos, los que no han podido partir con los varones jóvenes que se baten en algún lugar cercano a la tronazón que desde acá se escucha. Son un rebaño asustado de mujeres, niños y ancianos, una parvada espantada en un confín de la tierra en donde está soplando un viento huracanado que lo derriba todo. Se apañuscan, por eso, como esquimales en el polo, para darse un poco del calor que derrita el frío que sienten en los huesos.

Oyen, apenas, a lo que los conminan, las arengas que los instigan al coraje, al valor, al heroísmo. Sus ojos desorbitados miran sin ver a los que, al frente, les llaman a tenerse en pie en el centro mismo del desastre. Oye Esperanza hablar, de nuevo, de la justicia que falta en donde viven, de la necesidad de hacer lo que se está haciendo, del apoyo solidario de los unos con los otros y se le seca la garganta del miedo: ¿cuándo saldrán de ahí? ¿podrán hacerlo todos juntos?

Ha pasado más de una hora eterna cuando, por fin, se ordenan en grupos y van saliendo poco a poco hacia el camino gris por donde



entra y sale el mundo. En medio de la noche se escurren como peces huyendo del trasmallo que los cerca; se disuelven agachados corriendo todos juntos y perdiéndose en la oscuridad espesa. Quedan atrás las luces parpadeantes de los candiles de sus casas, los fogones mustios, el chorro donde cae el agua para todos, el río. Va Esperanza con todos acezando, con las fosas nasales dilatadas y los ojos abiertos mientras corre tratando de disimular el miedo cervical que ya no aguanta. Suben y bajan, se deslizan, escurren el bulto tras las casas; ven a los costados, adelante, se detienen, atisban y recorren, despacio, de prisa, paso a paso, los espacios que alejan y que salvan. Está partiendo Esperanza en estampida, alborotada, jadeante sin Jacinto; deja en la noche, en la obscuridad, todo lugar conocido: sus olores, sus ruidos, las marcas naturales de la vida; parte corriendo de prisa, perseguida, sin saber muy bien por qué lo hace, cuál es el crimen letal que ha cometido. Graznan a lo lejos las urracas; un tiúú aparece desde el norte, atraviesa sobre ellos y canta: "*tiúú, tiúú, tiúú*", mientras vuela alejándose hacia el este; una lechuza ulula en una esquina, el viento revuelve papeles por las calles pobres y vacías. Está finalizando el siglo más corto de la historia: se ha elevado el hombre por el cielo hasta el satélite lejano que hoy alumbra, levemente, a la mujer pequeña que se escurre; ha crecido la voz de los humanos que se expande por todos los rincones de la tierra; se ven y se escuchan entre todos por más separados que se encuentren; se alaban entre sí por lo avanzado, por lo grandes que son, por su adelanto mientras corre Esperanza atalayada en medio de esa tierra desahuciada, lejana, estorbosa para aquellos que ven el futuro luminoso. No han llegado hasta ella las luces de la nueva historia, los discursos resonantes, la visión de los claustros lustrosos en donde deciden los destinos de los hombres, de las mujeres, de los niños y los viejos que hoy corren solitarios por la noche. No conoce Esperanza el olor de los recintos, el eco de las salas, la suavidad de los sillones en donde se avista y certifica el rumbo de la vida de aquel grupo apretado que hoy se aleja, temblando, del lugar en donde yacen sus ombligos. Está llegando el fin del milenio hasta esos sitios, se ha levantado el viento arrasador de los jinetes que se ven cabalgando por el cielo. Todas las pestes les han tocado a ellos, a los más chicos, a los endeble ojerosos que hoy se esconden en los nichos roñosos de las casas. Todos los anatemas, las maldiciones, los insultos regados por el tiempo les han alcanzado sólo a ellos sin que sepan por qué, por cuánto tiempo, en dónde y en qué momento. Esperanza la maldita, la escupida, la vilipendiada por chica, por oscura, por fea y desdentada, por paridora y hedionda, por lejana, por ignorante y sucia. Va arrastrada por un torrente inmundo y pedregoso que la golpea y daña, que brama ciego y arranca la costra terráquea desde abajo. A entrado Esperanza en los cauces de la historia sin saberlo, sin que su marca conste en ningún texto, sin que su nombre le suene a ningún niño de esos que estudian en la escuela. Es arrastrada Esperanza por el río letal de esta historia que la ignora y la mata al mismo tiempo.

## Sólo quiero ser la mujer de Jacinto Ordóñez de Potonico Arriba

*"De niña caminaba por un camino polvoriento que reverberaba con el calor del mediodía; no había sombra donde estar ni un minuto. Sobre la bosta de las vacas zumbaban las moscas verdes; no había viento tampoco. Me pasaba la lengua por los labios, pateaba alguna piedra del camino hasta que llegaba al lugar en donde trabajaba el padre al que llevaba la comida. No recuerdo que nunca me viera a los ojos ni que jamás me dirigiera la palabra; menos supe de una caricia, de un beso, de algo que me enlazara con el mundo de varones que él representaba. No vi tampoco un gesto cariñoso hacia mi madre, hacia los otros hermanos o hacia alguien que conociera en esos tiempos. El único gesto humano que le vi fue el de sumiso, el de agachar la cabeza mientras sostenía el sombrero roto entre las manos extendidas hacia abajo. Y luego el rostro de piedra de siempre: duro, infranqueable, lejano. Siempre pense en cuánto debía retener mi padre adentro, de cuánto esfuerzo tendría que hacer para contenerse y no alargar la mano, cariñoso, y ablandarse para empezar a morir en esas tierras magras en donde vivíamos. De mañana lo oía despertar y sentarse en la cama lentamente, resoplar y sobarse el costado derecho con la mano izquierda. Era flaco, de pelo grueso con la barba semicana sobre las mejillas enjutas y reseca. Miraba a las esquinas del cuarto de tierra, recorría los agujeros del techo con la vista, resoplaba de a ratos y se ponía de pie lentamente entre todos los que dormían a su lado. No hablaba, como siempre, nada. Se ponía la camisa lentamente y el pantalón era el mismo de noche y de mañana. Afuera ya estaba amaneciendo y se movían las aves en el patio; cuántas veces lo vi caminar despacio hasta el horcón más grande de la casa, en la esquina que apunta al sudoeste y recostarse un rato, pensativo, mirando el campo seco que se extendía en pendiente hasta muy lejos. Mi padre no lloró, no rió, no habló, no mostró nunca ninguna hendija por donde pudiera penetrar la suavidad que, creía, podría llevarlo hasta la muerte. Era duro y no fue nunca de otra forma. Me puso Esperanza mi madre, me nombró como a todos mis hermanos porque él no podía ocuparse de esas cosas. Nunca pensé en él después que me fui de casa, no extrañé su voz parca, ni sus gestos ni sus pasos, hasta esta mañana en este cuarto, cuando desperté entre todos y, de pronto, recordé cómo se levantaba de mañana, se sobaba el costado derecho con la mano izquierda y salía, despacio, a enfrentar el mundo que tanto lo asustaba. Igual que él la vida me da miedo esta mañana pero debo mostrar el lado pétreo de mi rostro. Muchos me ven a mí, mujer de Jacinto Ordóñez catequista, madre de tres hijos chicos que me siguen y que traigo conmigo hasta este cuarto. He hablado ante ellos varias veces, les he dicho todo lo que tenía adentro sin saberlo, lo que había sembrado Ordóñez en mi seso y que yo no sabía que ahí estaba. Ahora me ven ojos que esquivo y tratan de leer en mi lo que hay que hacer a cada instante; necesitan de mi como del agua; más, como del aire que respiran sin saber y los mantiene vivos. Y no puedo mostrar mi miedo, mi vacilación, mi llanto interno; no puedo, como el viejo de hace años, quebrarme, mostrar que no puedo más, que sangro y grito adentro mío,*

*en las entrañas. Pétrida veo alrededor de mi estatura; todos duermen aun; sueñan, seguro, en lo que diré más tarde, a dónde llevaré sus pasos, en lo que planearé para todos. Y no sé nada: no sé qué decir, qué dar, qué proponerles; estoy seca, aterrada, entreverada como todos; sólo he hablado, he dicho cosas que jamás ni siquiera imaginaba. Como mi padre a quien hoy comprendo me levanto lentamente esta mañana; veo por la ventana alta del cuarto en que me encuentro y lloro por dentro angustiada como él cada mañana. Más allá de los cristales está el huerto y después la calle, esa a la que nos está vedado llegar y que apenas vimos en el tumulto de la llegada nocturna. Mi mano sobre el cristal crea un halo de vapor alrededor suyo y al retirarla veo la huella sudorosa que quedará incluso después que todos nosotros nos hallamos ido. Huele a muchedumbre junta y revuelta; nunca antes había estado con tanta gente y por eso no sé si es el olor del hacinamiento o el del miedo el que siento poderosamente ahora. "Turba" nos llaman los que se paran frente a la casa mañana y tarde y nos insultan incansablemente. "Turba" nos han llamado los diarios que siguen cada paso nuestro, nuestra entrada atropellada en esta casa, los que sacaron las fotos con la cara asustada del jefe de todos los que aquí estaban. "Turba" me digo a mí misma y no entiendo lo que realmente significa. Se pega mi mano al cristal de la ventana y alguien piensa afuera que estoy haciendo algún tipo de señal; me advierten y me hacen gestos obscenos insultándome a mí que nunca he hecho mal a nadie; nadie me insultó nunca antes, ni siquiera las mujeres que hablaban en la fuente de donde traía el agua y que sentían que Jacinto estaba atrayendo todos los males del mundo sobre ellas. Y ahora me insulta gente que no conozco y que tuerce con rabia la cara cuando mira.. Al principio fui la mujer de Jacinto Ordóñez, el catequista que aprendió a poner las bombas de contacto en los caminos de tierra de Potonico Arriba; pero cada vez soy más Esperanza, y cada vez me escuchan con más atención sin que sepan que cada vez que hablo se me hace un nudo inmenso en la garganta y siento como si el corazón se fuera a salir del sitio en donde lo tengo guardado. Tengo miedo de ya no tener nada que decir y que todos sigan esperando a que yo hable y les diga qué hay que hacer, hacia dónde debemos ir. Tengo miedo que se den cuenta que no soy más que una mujer paridora de hijos, callada, que no sabe sino deletrear su nombre: E - s - p - e - r - a - n - z - a, y ponerlo garabateado rompiendo las puntas de los lápices. Crean que yo sé más que ellos, que yo tengo más fuerza, que yo tengo todo pensado y seguro y yo no sé siquiera por qué he abierto la boca y he dicho las cosas que dije, por qué estoy aquí con mis hijos mientras Jacinto se queda poniendo bombas de contacto en los caminos polvosos de Potonico. Quiero ser paridora, limpiadora de cacas infantiles, acarreadora de agua, sembradora de semillas en los oscuros surcos abiertos por Jacinto y no quiero que nadie espere de mí nada más, no quiero que nadie se me quede viendo, esperando que yo diga algo porque yo no sé que decir, y me aterra la idea de tener que estar frente a todos como Esperanza y no como la mujer de Jacinto Ordóñez, el catequista que aprendió a poner las bombas de contacto en los caminos polvosos de Potonico Arriba".*

### **Queda Esperanza con los otros a la espera, en un campo abandonado donde otrora reinara el bullicio y el tránsito de gente.**

El grupo había llegado asustado a la casa al atardecer; estuvieron esperando el momento de entrar durante dos días, apiñados en un edificio que en otros tiempos había servido para irradiar el discernimiento y al que ahora le crecían ceibas monumentales en los pasillos destruidos. En las aulas húmedas habían encontrado restos de pupitres, de alambiques, de relojes, de piezas metálicas indescriptibles. Eran los despojos de un colosal naufragio, de un tremendo fracaso humano. Como una enorme ballena abandonada en la playa el edificio yacía, junto a otros, sobre un campo yermo cubierto de maleza en donde antaño fueron jardines y corredores luminosos. El cetáceo estaba echado en medio de miles de escombros similares a él; eran los restos de una batalla perdida en un campo del que ya nadie se acordaba; Ya no había humo, ni gritos, ni olor a pólvora; todo era silencio, goteo del agua en las paredes, moho verde en las esquinas y negro en los techos derruidos y caídos.

Por los corredores de baldosas verdes y paredes altas corrían los niños del grupo y sus gritos rebotaban durante largo rato antes de extinguirse. Esperanza los veía sentada en un árbol caído aun verde mientras esperaba, junto a los demás, que llegaran a recogerlos para llevarlos al lugar seguro que les habían prometido. En el atardecer, cuando se iba extinguendo el largo día de espera, las sombras de los árboles se proyectaban contra las paredes maltrechas del edificio y los mosquitos empezaban a zumbar en los oídos de todos; a lo lejos se escuchaba el ir y venir de los automóviles en las arterias congestionadas de la urbe y no era sino hasta bien entrada la noche, cuando ya todos dormían en el costillar goteante del edificio cetácico, cuando se calmaba poco a poco el ruido y sólo se escuchaba, de vez en cuando, el ulular de las sirenas.

La noche llegaba como un bálsamo después de la larga espera del día. Se prendía una gran fogata al final de uno de los más anchos corredores y alrededor de ella se enguía la comida magra que les llevaban. Nunca supieron en donde habían estado ni que sus pies descalzos, sucios y cuarteados, habían pisado donde otrora estuvieran rectores de toga y académicos elocuentes transmisores de la voz que llegaba de lugares distantes. Husmearon curiosos entre los tiestos que, como reliquias de un pasado lejano, estaban grabados en sus cuatro costados con signos ininteligibles. Un cuarto entero guardaba en su interior miles de trozos de tubos de vidrio, pequeñas mangueras que alguna vez fueron transparentes antes que se volvieran opacas y sucias, restos de mecheros, pizarras rotas, pateadas, enlodadas, que se iban poniendo negras con el tiempo y las goteras que eternamente les caían encima, una galería de retratos llenos de hongos, una estatua sin brazos, un teléfono sin auricular en un mundo partido e incompleto.

Entre los restos de la ciudad dormida se movían las sombras de las mujeres, los niños y los ancianos. Cagaban en las esquinas más oscuras y orinaban entre las raíces de los árboles que se elevaban inmensos en los patios interiores de los claustros. Los pájaros cantaban en las ventanas de los pisos más altos y su canto resonaba en los corredores que bordeaban esos patios. Era un lugar aniquilado, ignorado por todos en el corazón de la metrópoli en donde se encontraba, transitado en sus costados sin ser determinado ni extrañado. Si alguna vez había sido necesario ya nadie se acordaba de él; ahora, entre la maleza surgían los vestigios de lo que se había construido a regañadientes con los años en ese lugar del mundo en donde se valoraba más la fuerza que la maña. El empeño con el que habían pasado sobre ella denotaba una rabia contenida de todos aquellos que, siempre, habían pensado que pisar fuerte y sacar el pecho obeso era más importante que las fórmulas para determinar las distancias entre los astros y la tierra. Las columnas quebradas, las planchas inclinadas de los techos, el desquiciamiento de puertas y ventanas, las gradas desperdigadas por el lodo seco mostraban el enojo que se había desatado en ese sitio. Se adivinaba el jadeo satisfecho de alguien sudoroso después de la faena; alguno, en un atardecer similar a éste, se había recostado contra el tronco de un árbol estrangulado por el matapalo y había respirado profundamente el aire caliente que le entraba aspirado por el fuelle de su pecho. Los salivazos amarillentos se habían secado en las paredes cuando llegó Esperanza y las huellas blancuzcas no permitían deducir su origen.

Fue de allí de donde salieron para la casa en donde ahora estaban, en donde nadie podía tocarlos y donde ella ponía la mano sobre el vidrio que se empañaba lentamente.

Esperanza suspira y ve hacia la izquierda, levanta el brazo y lo posa en la cintura; pasa la vista poco a poco sobre todos los que duermen apiñados en la planta alta de esa casa que no imaginaban siquiera hace tan solo unos días. Las paredes blancas, el piso alfombrado, los marcos de las puertas hechos de madera robusta.

Terencio tira de la falda materna y le pide agua.



### **Para ser extranjera, Esperanza no necesita ir muy lejos.**

Cuando por fin salieron llovía. Era una lluvia tibia y gruesa, pesada, diferente a la que los acompañaría después en el nuevo lugar a donde se trasladaban: la garúa fina, persistente y fría del espacio montañoso en donde ella sería la más constante presencia, junto a los monos congos que aullaban desde la espesura del bosque circundante.

Esa tarde, sin embargo, la lluvia caía como un bálsamo aminorando el calor sofocante del verano y corría como río por las calles sucias, rebalsando las alcantarillas y las cloacas de cuyas bocas mal cerradas emergía el detritos appestoso de la urbe, rebotando en los muros de las esquinas y manchando las paredes descascaradas de las casas.

Esperanza recorrió con los ojos esa ciudad desconocida que era el centro del país en donde habitaba. En los recodos vio a los vendedores ambulantes cobijándose del agua con grandes mantas de plástico transparente de colores chillantes, a los oficinistas con la corbata desajustada protegiéndose en los aleros de las casas coloniales que aun quedaban en pie en medio del caos urbano, a las muchachas de las escuelas de monjas, con las faldas de tablones azules que les llegaban más abajo de la rodilla, que trataban inútilmente de protegerse con los libros, a los perros esqueléticos que escarbaban en los tarros de basura ignorando la lluvia.

Las calles grises y brillantes parecían inacabables y los buses en los que los llevaban las recorrían a toda prisa siguiendo el grito de las sirenas. Se iba de ahí después de haberse ido del lugar en donde aun estaba Jacinto mojándose, seguramente, con la misma lluvia que caía pesadamente sobre la ciudad de techos oxidados, sucia, pobre y maloliente que estaba recorriendo. Aquí, en donde estaba Esperanza, sólo el agua de la lluvia lavaba la mierda de los perros y nadie estaba a salvo de sentirse triste en las tardes lluviosas como esa.

Viendo por el cristal del autobús, mientras retorció con sus manos ásperas el vestido, veía cómo pasaba la ciudad ante sus ojos. Desde lo alto, la caravana en la que se encontraba parecía un gusano deslizándose en el cuerpo muerto de un gigantesco hormiguero; dentro de muy poco tiempo partiría, como lo había hecho Clara antes en un país vecino, en otro de los estancos chicos de esa región estrecha.

Eran los años del movimiento. Como grandes rebaños espantados se movían las manchas de gente de un lugar a otro; eran enormes estampidas que se alejaban del lugar de los acontecimientos en las más diversas formas y recalaban allende las fronteras; bajo la lluvia o con el calor agobiante, los contingentes humanos se movían siempre en dirección contraria al lugar del acoso, dejando atrás los sitios en los que siempre había transcurrido su vida. Se desgajaban las familias, los hijos quedaban por un lado, los padres en otro, y pasaban largos períodos antes que pudieran saber unos de otros si no quedaban incomunicados, a

veces para siempre, sin saber cuál había sido la suerte que se había corrido. Cargados de pústulas y cardenales, magullados, raspados en cuerpo y alma, llegaban lentamente a restañar las heridas a territorios en los que eran extranjeros. El desasosiego era la marca que los distinguía; como Esperanza, no sabían bien en donde estaban ni a dónde iban.

En esa marejada fueron llevadas Clara y Esperanza. Adoloridas y sintiéndose culpables por dejar a los que más querían, pensando que posiblemente podrían haber aguantado más en lo que consideraban que era su lugar en el mundo, partían llevadas por la corriente hacia lo desconocido. Durante mucho tiempo cargarían con el peso de su salida en la conciencia y se golpearían el pecho pensando en los que se quedaban. Se causarían dolor a sí mismas, se martirizarían y elevarían la patria a rango de icono sagrado; atormentadas por lo que creían había sido su flaqueza, no escatimarían sacrificios con tal de justificar ante sí mismas sus actos cotidianos; sufrir sería desde entonces su sino, el desprecio por todo lo que les acercara a la comodidad y el sosiego y sentirían que se aproximaban a lo puro, a lo justo y lo necesario llenando los días de idas y venidas, subidas y bajadas que no les dejaban el más leve respiro ni oportunidad para otras cosas de la vida. En los territorios en donde estaban y esperaban la oportunidad del retorno las verían a ellas, y a todos los que pululaban en esos sitios fronterizos del desastre, como gente extraña, imbuida de pasiones de orígenes remotos, amarrados a un horizonte que a ellos les era ajeno.

Desde que salió de Potonico Esperanza había comenzado el exilio y lo había continuado en el cementerio cetácico en el que había pernoctado unas cuantas noches, en la ciudad sucia, maloliente y ruidosa que había visto varias veces siempre desde algún vehículo que corría presuroso para alcanzar un lugar seguro; y lo fue después, cuando desde el aire vio por primera vez en su vida las montañas, los cerros, los ríos, los valles estrechos y las laderas interminables de los volcanes junto a los cuales había vivido siempre.

Se iba para saber lo que era ser extranjera, lo que era buscar refugio, resguardo y amparo en otras tierras en las que le costaría sentirse acomodada. Nada sería fácil de ahora en adelante, como nada lo había sido antes. Sería vista de soslayo y con desconfianza, y sus pies descalzos y cuarteados agitarían la suspicacia de los que la veían venir del sitio en donde se daban las más ásperas disputas de esos tiempos. Sabía lo que era el trabajo duro desde niña, pero nunca se había sentido sola y lejos como muchas veces se sentiría de ahora en adelante. Cuando soplara el viento no sería su viento, el que había conocido desde niña; cuando lloviera no sería la lluvia grande y caliente que ella conocía; cuando enfriara de noche habría un frío crudo que nunca había sentido. Comería lo no comido hasta entonces: variedades de frutas desconocidas, alimentos de colores que no había visto antes, sancochos diferentes, tubérculos cocinados de maneras extrañas y aguas coloreadas de

forma distinta a como tiñen en su tierra los refrescos de los días calurosos.



**Esperanza desde la altura mientras transita de un lado al otro del istmo estrecho en el que habita.**

La vegetación cubría las estribaciones de las cordilleras que se levantaban casi desde los límites marítimos del istmo. Uno tras otro aparecían los conos volcánicos, los lagos, las playas interminables en las que se estrellaba el mar llamado Océano en algún momento de la historia. A la derecha, en las planicies deforestadas pastaban mansos grandes rebaños de animales mugientes que levantaban polvo al moverse parsimoniosamente de un lugar a otro del territorio depredado. A la izquierda, enormes ríos cruzaban bosques impolutos que no dejaban claro alguno hasta las grandes ciénagas que colindaban con el mar de los caribes. Un agua verde turquesa nacía en los confines del reino vegetal que lo cubría todo, y se extendía haciéndose profundamente azul hacia las islas que se perfilaban blancas en un horizonte luminoso. En los valles intermontanos aparecían los caseríos coronados siempre por algún templo blanco, y partían los caminos serpenteantes desde ellos hacia todos los puntos de esa geografía marcada por las convulsiones marinas del cuaternario temprano.

El hombre estaba en esa lengua de tierra desde hacía más de cinco mil años; había visto bañar al mar las costas del Pacífico y el Atlántico, dio nombre a las aves, a los mamíferos, las frutas y los árboles de la tierra estrecha en la que se había aposentado. Las largas cadenas montañosas que avizoraba Esperanza habían marcado el mundo al cual pertenecía: los temblores, los terremotos, las erupciones volcánicas habían sido una presencia constante en la vida y la imaginación de los istmeños. En las costas que se encontraban a la izquierda del ojo avizor y sorprendido de Esperanza se estrellaban siempre, continuamente, todos los años en la época de las lluvias monzónicas, los vientos desatados de los huracanes devastadores que se llevaban los árboles, las palmeras, las casas precarias de los hombres instalados en las costas cálidas de esa tierra siempre convulsa.

De ese mundo ubérrimo de quetzales, tucanes, jaguares y orquídeas se había levantado Esperanza aquel día que fue lluvioso cuando partía dejando la ciudad mugrienta que atravesó de prisa; pero el sol había despuntado inmediatamente después del elevamiento y el día se había mostrado despejado, claro, apto para contemplar las extensiones naturales que se perfilaban hasta perderse en el horizonte curvo. Desde el encumbramiento en el que se encontraba Esperanza supo distinguir las huellas del hombre plantadas en toda la tórrida vastedad que se extendía estrecha abajo: los poblados, los caminos, las represas que detenían el torrente caudaloso de los ríos, los plantíos extensos de sacarosas, de maíz, del algodón nacido de los arbustos fumigados desde el aire, las estrechas vastedades costeras ocupadas para el pastoreo bovino. Cerca de los mares los manglares que se amontonaban sobre los esteros tranquilos que corrían paralelos al océano y las barcas que salían de sus remansos para adentrarse en el mar arrojando las atarrayas gigantescas, los trasmallos kilométricos que se dibujaban sobre la superficie marina

haciendo obvio el cerco que tendían a los crustáceos, los cetáceos, los celenterados, los peces y los mamíferos marinos que quedaban en el círculo mortal que se trazaba. Aquí y allá se veía el humo de las rozas, las señales del fuego con el que se limpiaba la piel boscosa de la tierra; entre la humareda de los incendios cuadrículados, detenidos en los linderos del bosque, se veían las figuras de los labriegos que domesticaban las brasas igual que antes lo habían hecho sus antepasados con perros calvos y enanos que no ladraban nunca.

Entre la masa vegetal que retrocedía año con año imaginó Esperanza a Jacinto, escabulléndose de los desplazamientos estratégicos que realizaban los grupos humanos encargados de mantener el orden de las cosas en esa tierra avistada desde la altura. Desde allí, el espacio boscoso se le antojó pequeño para sostener la vida de los que deambulaban entre los dos océanos levantando la voz en donde por mucho tiempo había privado el silencio. Repasó las sierras, las cordilleras, sus cumbres selváticas aparentemente inconquistables, los volcanes activos escupiendo el interior del planeta sobre sus faldas empinadas. Calculó la dimensión de las zonas no pisadas por el pie humano, las tierras vírgenes, las zonas que la jungla mantenía aun fuera del alcance de los hombres y valoró las posibilidades de moverse en ellas que tenían los destacamentos humanos con los que simpatizaba ella. Sobre esas cosas no se percibía las más mínimas huellas desde el lugar en donde ella transitaba; no había señales de ningún enfrentamiento como no fueran las del hombre con el espacio natural que conquistaba. Desde el espeso manto verde, que se extendía a ratos interminablemente bajo sus pies, no surgía ninguna muestra que permitiera adivinar que allí se manifestaban belicosamente los miembros de la especie humana en esos tiempos. Ninguna señal hacía sospechar que en algún lado se estaban enfrentando sus congéneres con el fin de hacer prevalecer, los unos sobre los otros, los planes que orientaran el destino de la zona que pasaba veloz frente a sus ojos.

Antes de llegar a su destino el panorama se nubló de nuevo y volvió la lluvia pertinaz que los había abandonado después de la partida. Desde entonces llovió por años.



### **En el reino de la lluvia, el frío y el viento constantes.**

Llovía tenazmente. Era una llovizna que no paraba nunca y que era empujada por un viento frío propio de aquellos confines alejados. Las filas de barracones se erguían desoladas sobre la hierba perennemente verde que se alimentaba con el agua que le caía siempre del cielo neblinoso. Cerca estaba el bosque en donde aullaban los monos al atardecer, cuando el frío acrecentaba la nostalgia del país caluroso de donde provenían. En los corredores sucios por el lodo corrían las niñas y los niños mientras esperaban la vuelta de los padres de las huertas cercanas. Por las ventanas tapadas con alambre de gallinero y plásticos de colores desteñidos miraban los más viejos el horizonte nublado y húmedo en el que se encontraban confinados.

Habían llegado hasta allí por caminos enlodados que no figuraban en ninguno de los mapas que podían consultarse en esos tiempos. Antes de dejarlos en los barracones que se erguían en medio del páramo ventoso y verde, les habían mostrado la forma como se criaban ciertas aves de corral y se cultivaban algunas verduras que hasta entonces no conocían ninguno de ellos. Les dieron herramientas nuevas de marcas impronunciables grabadas en países remotos y los soltaron para que construyeran -les dijeron- una nueva vida en esos lares. Seguía lloviendo en ese entonces.

Les revisaron la lengua, la garganta, los dedos de los pies y las barrigas y les inyectaron líquidos viscosos mientras les estiraban los párpados y les palpaban los miembros esmirriados. Les elaboraron papeles en los cuales se portaba la fotografía que los identificaba. Fue la primera foto de Esperanza en su vida. Le preguntaron sus señas, las de sus padres, sus abuelos y sus tíos e inquirieron por los hijos: la historia de sus partos, el tiempo en que se habían pegado a la teta, la edad en que caminaron, las veces en que habían estado a punto de morir por las lombrices. También preguntaron por Jacinto sin nombrarlo; le llamaron *su compañero* y pidieron datos que ella alteró intencionalmente. No dio su nombre verdadero, dijo que se llamaba Agustín y que estaba trabajando en el campo del país de donde provenían todos. Nadie le creyó, por supuesto, pero nadie necesitaba esos detalles para nada.

Por las noches se acrecentaba el frío hasta hacerse intolerable y el viento silbaba sin descanso entre la lluvia. Desde los corredores desolados de los barracones se veía elevarse las montañas que los lugareños llamaban volcanes y que no tenían la forma cónica que siempre les había conocido Esperanza. Eran moles dilatadas, cubiertas de vegetación enmarañada que ocupaban buena parte del horizonte; por las laderas pedregosas y húmedas se despeñaba el agua cuando llovía más frecuentemente, en setiembre y octubre, arrastrando restos de cenizas eruptivas, troncos quemados, lodo negro apestoso a azufre que se acumulaba en las quebradas y formaba represas que explotaban de pronto y corrían por la selva abriendo brechas anchísimas en donde la vida quedaba arrasada por decenios.

Entre la vegetación que acompañaba los ríos que circundaban el espacio en donde se encontraban los barracones crecían flores endebles lilas, rosadas, anaranjadas y azules que no vivían más que uno o dos días entre la oscuridad y la humedad que las rodeaba. Entre los helechos y los líquenes las orquídeas emergían hacia la luz, la humedad y el frío junto al rumor del agua corriente y el goteo de la azotea arbórea. Los pájaros rojos, amarillos, tornasolados, azules, de penachos encrepados, de pechos abombados, de patas largas y cortas; las mariposas, los mosquitos por millones, las larvas de los zancudos en los remansos de los torrentes, las arañas peludas y las ranas doradas trenzadas en los huecos de los árboles corpulentos; las serpientes y los alacranes se movían mientras los grillos y las cigarras emitían chillidos agudos audibles más allá de las lomas deforestadas en donde se encontraban los barracones que albergaban a los hombres, las mujeres y los niños venidos de tierra caliente.

Sólo los niños se aventuraban en los espacios mojados y lodosos atrapando bichos y sorbiendo las mieles de las flores rojas que colgaban con los líquenes morados. Por horas correteaban libres explorando el universo que se ofrecía fecundo para su imaginación. Se desfogaban casi ilimitadamente en las pozas heladas de los riachuelos y en los troncos ligosos de los árboles. Subían a la cresta pelada de las lomas circundantes y atisbaban un océano de agua dulce que se extendía en la lejanía, más allá de la frontera en la que terminaba el país en donde estaban viviendo. Allí, al otro lado, en el universo al que les estaba vedado acceder, los conos azules del Momotombo y el Momotombito navegaban sobre un mundo azul tachonado de islas. En las alturas en las que se ensimismaban observando el horizonte había un silencio amplio que se enredaba en los pajonales grisáceos que cubrían la tierra despojada. No se detectaba el más mínimo asomo de vida en toda la extensión que se podía contemplar desde los altozanos en los que se encontraban; los campos yermos, desprovistos casi por completo de árboles que pudieran parar las brisas provenientes de los lagos avistados, se deslizaban hacia abajo mansamente hasta terminar en las riberas lacustres del otro lado de la línea divisoria; "*es la bajura de las tierras del norte*", dijeron cierto día unos hombres que pasaron arriando mulas y que desaparecieron en las elevaciones cercanas en donde daba vuelta el camino de cascotes y lodo por donde ellos habían llegado; así fue como supieron cómo era que le llamaban a esa parte de la tierra la gente que allí habitaba. Le llamaron, pues, *la bajura*, y los niños empezaron a soñar con partir hacia allá cuando tuvieran la edad de andar los caminos sin el permiso de las madres. Mientras tanto se entretenían aventando piedras en dirección al horizonte y persiguiendo a los perros esqueléticos que los acompañaban siempre, los mismos que trotaban por los senderos de las termitas con la cabeza gacha todo el tiempo, hurgando en busca de algún bocado que pudiera mitigar su hambre perenne.

### **Se sintieron lejanos y abandonados, inútiles y desarraigados.**

Se sintieron lejanos, abandonados, desarraigados e inútiles: amariconados los varones, desocupadas las mujeres en ese sitio silencioso en el que estaban seguros pero donde la vida carecía de sentido. Por primera vez se dieron cuenta que todas las cosas que hacían tenían significado porque eran hechas para alguien en un lugar determinado. Sin esos puntos de referencia la existencia discurría pero no sucedía, y el por qué y el para qué de las cosas se borraba. Fue así que empezaron a construir una vida de tránsito perpetuo en la que siempre estaban prestos para la partida. Los bultos que habían hecho con sus pocas pertenencias permanecieron intactos durante muchos años bajo las camas, tras las puertas de las habitaciones de los barracones, encima de precarias estanterías, junto a los lavaderos de la ropa, seguros como estaban que allí se encontraban sólo temporalmente, mientras se daban las condiciones para que volvieran al lugar de donde provenían y que tanto añoraban. Todos sus planes empezaron a girar para cuando regresaran y el retorno se constituyó en la obsesión cotidiana de todos los mayores; nadie pensaba, ni por un momento, que lo que podían construir en ese sitio tuviera algún viso de permanencia demasiado largo; vivieron provisionalmente, sin edificar nada perdurable con la idea siempre que era solamente para un tiempo corto de la vida. Ansiosos, escuchaban los pequeños aparatos de onda corta que les habían regalado unos que les llamaron "*compañeros*" y que empezaron a llegar de vez en cuando para llevar noticias del terruño que habían abandonado; a través de esos pequeños aparatos negros, a los que se pegaban desde que el sol de ocultaba tras los cerros barridos por el viento, seguían los avatares de la trifulca inmensa que se expandía indeclinablemente en la pequeña zona del mundo de donde provenían; cada quien, desde el camastro duro que le correspondía, seguía las mismas peripecias con los ojos abiertos en la oscuridad sintiendo que ya estaban próximos a dejar ese recodo en el que se encontraban habitando. Por la mañana, con los ojos rojos por el desvelo, salían lentamente a las puertas a verse las caras inmutables. Repetían los gestos que habían aprendido desde niños y que allí habrían sido vistos -si alguien hubiera podido verlos- como ajenos e ininteligibles; casi que no hablaban entonces, en esas mañanas neblinosas llenas de escarcha sobre la hierba, y se sentaban en los taburetes rústicos mientras tomaban fuerzas para hacer lo que no le encontraban sentido. Era el momento en que recordaban a los que habían dejado, en que recordaban los sitios exactos en donde se habían movido antes, cuando reproducían en su diáfana imaginación matutina los olores y los gustos de lo que ya no tenían; veían subir el humo de sus casas precarias abandonadas en medio de la noche; oían el rumor de los ríos, las voces de los vecinos que habían perdido para siempre.

Iniciaron rituales que llenaron muchos de los espacios que sentían vacíos en su nueva vida; se enfrascaban en reuniones interminables en donde discutían sobre las condiciones de los que ellos llamaban "*los de adentro*", y discurrían sobre las mejores formas para apoyar las acciones que estaban seguros que llevaban adelante. Aprendieron a

pedir la palabra, a elaborar actas, a someter su voluntad a la de los demás que se erigían en mayoría. Acostumbrados a las penumbras que les deparaban los lugares cerrados en donde realizaban sus sesiones, se sentían deslumbrados al salir a los corredores iluminados en donde guardaban el más celoso secreto de todo lo que habían discutido. No tardaron en aglutinarse en grupos que, aunque decían perseguir objetivos similares, desconfiaban unos de otros y disentían sobre aspectos de la realidad que a ellos les parecían importantes, pero que sólo tenían que ver con su vida apartada a la que prácticamente nadie le otorgaba importancia.

Dieron fundamental valor al desarrollo de métodos que llamaban conspirativos y que implicaban que se cambiaran de nombre cuando realizaban algunas de las tareas que se asignaban mutuamente, que no mostraran documentos precariamente editados, que escondieran directrices que provenían de lugares que, por desconocidos y lejanos, adquirirían rangos próximos a lo sacro. Hicieron suyas las cosas que se decían en los pocos registros que recibían a través de los que llegaban de vez en cuando a visitarlos; se impusieron el respeto por estructuras que jerarquizaban a los hombres en función de su entrega a lo que empezaron a llamar "*la causa*", y enarbolaron estandartes que los identificaban como miembros de grupos que estaban seguros de las medidas correctas a tomar para llevar hasta el final la situación de enfrentamiento en la que se encontraban en la patria.

Aprendieron a no desviarse de la línea, el significado de la disciplina y se sintieron seguros al repetir las consignas que les eran llevadas impresas desde afuera. Se fueron endureciendo poco a poco (por fuera, decían, no por dentro), ansiosos como estaban de encontrarle importancia a las cosas que hacían donde estaban. Se sometieron mutuamente a prueba para templar el carácter que pensaban habían desvirtuado anteriormente. Se inventó cada uno un pasado peligroso, arriesgado, entregado, valiente, audaz y agresivo que habría motivado la repentina marcha hasta esos lares; se oía hablar de hazañas nunca vistas, de heridas infligidas a lo opuesto a ellos, de viejas amistades que regían ahora los rumbos del combate clandestino. Nadie quedaba atrás en esa magna competencia de entrega y disciplina, y pasado el tiempo todos se creyeron mutuamente lo expresado; se sintieron entonces recios, bravos, duros, invencibles, un cuerpo compacto de cara al sol de frente al viento, y completaron su afirmación en esas vastas soledades despreciando el lugar en donde estaban todos.

No podía ser de otra forma; en este nuevo país los lugareños no habían podido iniciar la gesta en la cual ellos sí se encontraban trabajando; sangre de horchata tenían los hombres de estas tierras, los delataban sus gestos delicados, lo bajo de su voz, el acento, los temas inocuos que trataban, la forma débil de enfrentarse entre ellos. A ciencia cierta no habían visto mucho a esta gente, pero bastaban los pocos que habían atinado a pasar por el camino, las cosas que decían por la radio, el letargo avistado desde lo alto de las lomas. Los pocos que alguna vez

salieron y pudieron estar entre esos hombres y mujeres volvían contando las costumbres que tenían: la debilidad de carácter de los hombres, la disipación procaz de las mujeres, el antojo constante por la fiesta, las escenas obscenas en los parques. No tenían gustos dignos de tomarse en cuenta: sus comidas insulsas, su poca capacidad de establecer relaciones duraderas, la importancia que le asignaban a su porte externo, lo mucho que les gustaba cambiar constantemente de ornamentos, su afán por comprar cosas sin sentido. Definitivamente eran todo lo que ellos no habrían nunca querido ser en esta vida. Por eso se afincaban más en lo que estaban construyendo ellos, en los lazos férreos que los mantenían juntos.

Separándose de los demás y denigrando su naturaleza distinta afirmaban su identidad maltrecha. Por ello fue que poco a poco fueron cambiando en su cabeza los rasgos esenciales del lugar de donde provenían. El país chiquito y esquilado que habían dejado en el pasado fue creciendo hasta llegar a tener calidades que nunca nadie había notado antes; allí se encontraba la esencia de las cosas, lo verdadero, la belleza más prístina de todo lo existente en este mundo; y sus hombres y mujeres mostraban atributos de nobleza, lealtad, amistad, entrega y militancia como ninguno en otra parte poseía.

Ensalzaron, pues, lo abandonado, despreciaron lo nuevo encontrado en el camino y ofendieron, a veces, a los que se sintieron aludidos con sus frases. Lástima que no fuera de otra forma. Todos eran gente pobre y abusada, pequeños, conquistados y embaucados siempre por los mismos potentados; tenían todas casas chicas, maltrechas, sucias, mal aireadas, huertas angostas, malas rutas para llegar al lugar donde vivían; nadie les tomaba en cuenta nunca para nada a no ser en ocasiones especiales cuando tenían que mostrar que les querían; en las fotografías que a algunos les tomaban en tales ocasiones mostraban sus encías desdentadas, la vejez precoz, las arrugas surcándoles los rostros, los pelos opacos, pegosteados, los vestidos raídos que tenían. Por ello eran lo mismo, la misma estirpe marginada, las mismas manos trabajadas, las mismas bocas desdentadas.

Los del lugar también se afirmaban despreciando a los llegados. Sobre el hombro veían sus pies sin calza, los vestidos pobres, sus ojos achinados. Decían provenir en línea recta de los que habían conquistado esas partes; por ser como otros afirmaban ser más ellos, extraña paradoja de los hombres: mientras más se parecían a otras criaturas más se concebían especiales; creían ser más blancos, más altos y más rubios, lo cual tenían por loable y por deseable; se sentían más honestos, menos dados a lo bárbaro que encontraban en aquellos llegados en refugio; así se lo hacían ver cada vez que encontraban el momento. Pronto pidieron que se fueran y dejaran de ocupar el lugar que era de ellos; que no comieran lo suyo, que no trabajaran su tierra, que no respiraran el aire que sólo ellos podían respirar para la vida: "*que se marchen*" les decían en la cara a los que no tenían a donde ir en esos tiempos: "*que no ocupen el sitio de nosotros, que no hagan nuestro trabajo,*



*que no deseen nuestras mujeres (mugrosos), que no sientan que estarán acá por mucho tiempo".*

Habían sido formados para despreciar a los que eran sus vecinos; desde los más tiernos años de la escuela repetían siempre en sus oídos *"somos mejores, somos más bellos, somos más blancos; tenemos todo lo que no tienen, nos envidian, quieren venir acá para gozar lo nuestro"*. Estaban convencidos de ser el centro de la atención pendiente de todos los que estaban a su lado en ese istmo delgado en que vivían; por eso sentíanse invadidos, asediados, codiciados. Nadie dudaba de todo eso, ni los más doctos de ellos que, a veces, decían no estar del todo convencidos de esas cosas pero al rascarles un poco con la uña siempre decían, en esencia, los mismos dichos que el resto repetía.

Se ignoraban mutuamente pues no en vano habían sido divididos, las fronteras se habían erigido en muros que aislaban y no unían; se vilipendiaban por eso mutuamente, se vituperaban, se hostigaban sin razones aparentes, denigraban la imagen de los otros y la juzgaban en función de sus propias prioridades. Aunque las montañas empezaran de este lado y terminaran en el otro eran vistas más bellas las estribaciones de esta parte; igual pasaba con los lagos, los mares y las playas largas que se extendían a través de todo el istmo prolongado. No se conocían aunque estaban cerca, juntos, pegados, adosados entre ellos y eran juzgados como iguales desde lejos. Eran pequeñas porciones del género apiñadas en el centro mismo del continente americano: minúscula estirpe pululante entre aguas inmensas de las cuales algún día emergieron y a las cuales también regresarían. Pobres, pocos, lejanos, perdidos en las derivaciones montañosas, en las planicies tropicales, en las ciénagas salobres, en los exuberantes bosques perennemente húmedos, en las urbes malolientes que caóticamente habían construido; enfermos, desnutridos, sucios, mal vestidos se juzgaban entre sí sin verse a ellos mismos, sin contemplar su propia imagen desdentada, desgredada y descalza que circulaba por el mundo como ejemplo de forma de ser desprotegida.

Habían sido enseñados a no verse, a querer ser siempre como otros de los cuales añoraban virtudes muchas veces inventadas en sus mentes. No querían verse en el espejo, tener su imagen reflejada; no querían oír sus voces alegres, quejumbrosas o plañideras, que decían cosas entendibles para todos, preferían otras lenguas, otros cantos. Estaban, en fin, entreverados, educados para verse como menos, a sentirse siempre en desventaja por ser bajos y morenos y achinados.



## Roquelino y Esperanza

A Roquelino Pérez lo conoció Esperanza en aquellas vastas soledades. Llegó como llegaban todos, subiendo las cuesta del camino pedregoso y enlodado que atravesaba el riachuelo helado antes de desembocar en los desnudos barracones. Llegó para hablar del pequeño país abandonado, a reunirse, a cantar un rato por la noche con el grupo que había aglutinado. Llevaba los más recientes documentos que había podido conseguir, y tenía como encargo actualizar la línea de los que él llamó "compas" desde el momento en que se los presentaron.

Era ebanista, aunque antes fue electricista, pintor y comerciante e inicio el cortejo lento de Esperanza casi desde el momento mismo en que la conoció. Primero le vio la grupa ancha, las piernas robustas, el pelo largo y negro hasta más allá de la cintura. La vio recién bañada peinándose el pelo empapado en el extremo del barracón en el que siempre se sentaba por las tardes a peinarse. Le gustó el ritmo pausado con que hablaba, los ojos mansos y esquivos, los dientes del frente sanos y grandotes que le hacían coqueta la sonrisa.

No le habló inmediatamente ni dio muestra alguna de que estaba atraído por ella; era, recuérdese, un hombre de hierro, galvanizado por los tiempos duros que vivía; era además un varón, puesto en esta tierra para aguantar los avatares del destino que no podía sentir las debilidades del amor, propias de seres menstruantes. Roquelino era un guerrero que se preparaba para el combate y no debía dar ejemplo de blandura nunca. Pero Esperanza estaba cada vez más presente en su pensamiento y no podía borrar la imagen de ella peinándose en la tarde neblinosa. Por eso se le fue acercando lentamente, con el tiempo, con cada una de las visitas suyas que empezaron a hacerse más frecuentes; cada vez se quedaba más días, y cada vez ganaba un palmo en su acercamiento sigiloso a la mujer que le atraía.

Se enteró de la existencia de Jacinto, del lecho sin hombre de Esperanza, del tiempo largo que llevaba ella suspirando sola en su camastro. Dedujo sus urgencias, intuyó la viscosidad de sus efluvios, el olor de su piel recién bañada. La imaginó acostada por las noches intentando conciliar el sueño sin lograrlo, acariciando los sitios que él quería recorrer con urgencia y sin medida. Se engolosinó rodeando el territorio que habitaba ella, orinó como perro las esquinas de su espacio, hizo ver a todos que había cercado un sitio que nadie más que él podía pisar en adelante. Todos se dieron cuenta de eso menos él, que se seguía haciendo el duro, el férreo, el marmóreo militante indiferente. Se dio cuenta desde el principio Esperanza quien le vio desplegar el plumaje en celo, abrir la cola tornasol, aullar despavorido por las noches; sintió el olor de su orín reconcentrado, le vio sudar las manos y la frente, los ojos dilatados, el pelo de la nuca erizado mientras ahuyentaba a los machos cercanos que asediaban. Se endurecía y ablandaba Roquelino; crecía y se encogía, se henchía y se moría todo el tiempo mientras Es-

peranza se peinaba en el extremo sur del corredor vacío viendo de lejos los torpes movimientos del asedio.

A tropezones logró al fin llegar hasta su vera, aspirar el olor del jabón que utilizaba, verle las uñas de los pies descalzos, las manos anchas, la curva del cuello al morir sobre los hombros. Vio a través de la blusa de lana que llevaba los pezones grandes, erectos que esperaban sus manos tan largamente demoradas; le vio la respiración entrecortada pero no se dio cuenta de ella porque él tampoco podía respirar, ni mirar, ni pensar aunque quería. De la boca le salieron resuellos, regurgitaciones ininteligibles y vanas, suspiros prolongados, frases inconexas y cortadas. Pasó un cometa y no lo vieron; llovió un diluvio interminable, cayó la noche, sopló invencible el viento helado y gritaron los monos en el bosque sin que ellos se dieran cuenta en ese estado. No se vieron directo a los ojos, no se tocaron parte alguna del cuerpo, no hablaron casi nada pero cuando estuvieron cerca se sintieron como dos iceberg juntos en medio de un mar inmenso y descubierto. Como elefantes torpes se rozaron la epidermis dura y desgastada, las almas rajadas por la vida, los recuerdos que ambos aguantaban; movieron las largas trompas arrugadas y se reconocieron a través del aliento tibio de sus entrañas rosas; husmearon en cada hendidura nueva y vieja, recorrida y virgen, en cada lugar expuesto que tenían y sintieron después de mucho tiempo el calor de un cuerpo cerca al suyo.

Inmediatamente acudieron los fantasmas; llegó corriendo Jacinto por la puerta de la casa abandonada y se sentó a conversar toda una noche sobre Dios, los hombres, el pan y la justicia. Preparó bombas de contacto sobre la mesa en que comían los tres niños aun chicos de Esperanza; durmió en el rincón de siempre y roncó tan fuerte que casi despierta al más pequeño y sentado en la butaca que habían puesto tras la puerta desgranó sus esperanzas más sentidas. Después se fue, muy lento, es cierto, hasta que se murió un día en una carta en la que le estalló la bomba de contacto entre las manos. (Adiós Jacinto terco, Jacinto bala, Jacinto bomba, Jacinto enmontañado, lejano, admirado, sucio, flaco, iluminado. Adiós hombre entre mares, ríos, volcanes, selvas, entre miles de hombres pululantes, entre ejércitos gigantes y agresivos. Adiós Jacinto labrador, Jacinto arador, Jacinto machetero; hasta siempre Jacinto compañero, ilusionado, entregado, esperanzado; ya vendrán después los que te vean y se rían de vos y de tu gesta, y anuncien a todos los oyentes de lo inútil de tu andar en esos días. Adiós Jacinto Ordóñez de Esperanza, de Potonico Arriba, catequista armador de bombas de contacto).

Pasó por la puerta del cuartucho el padre silencioso y hosco y dedicó una mirada torva al interior oscuro en que vivían; se quedó un rato siguiendo con la vista a Esperanza que andaba componiendo alguna cosa; ella lo vio también y le temió al varón que él mostraba y repasó su tiempo sola, sin tapujos, sin mandos sobre ella, sin límites de macho en el corral doméstico, sin cerviz agachada, sin papel de sombra ni voz queda. Allí se quedó entonces dando vueltas: se iba, venía, pa-

recía irse y se quedaba; ella vigilaba a hurtadillas lo que hacía, hasta que al salir hacia afuera pasó a su lado y, sin quererlo, lo vio flaco, enclenque, más bajo que ella y menos fuerte. Se fue también el padre.

Pasaron muchos por allí en esos días; la madre, por ejemplo, llegó tarde y cocinó incansable ante la estufa en la que ponía los aliños; sacaba y ponía acalorada, soplaba, atizaba y avivaba; se movía siempre a todos lados; lavó, alimentó animales, corrió para tenerlo todo en orden; le ordenó a Esperanza movimiento y le hizo sentir una haragana; la rezongó, la azuzó, le evidenció sus faltas, le tiró una diatriba prolongada sobre el modo mejor de aparejarse. Dejó el lugar bien ordenado, limpio, con flores, lleno de reglas a cumplir por todo el mundo. Sin querer Esperanza rompió algo y ella volvió a ver inquisidora; gritó, acusó, ordenó la inmediata reparación del daño pero Esperanza notó que no quería, que no le daba ya tanta importancia y así se fue también la madre por el mismo lugar donde marchó el padre.

El último en llegar fue Roquelino cargando un atado con su ropa, una pila de libros colorados, martillo, lija y clavos.



**Llegan en autos identificados con siglas; se protegen de las inclemencias del clima con aperos gruesos y sofisticados; recorren los barracones registrando hasta los más leves murmullos.**

Por el mismo recodo del camino por donde llegó algún día Roquelino asomó otra gente en esos tiempos. Iban y venían sin concierto con planes, ideas, propuestas grandes y pequeñas. Siempre tenían algo que decir, algo que mejorar, alguna reunión que realizar; juntaban a la gente en el templo, en un salón, bajo los árboles según fuera el talante y el carácter de quien hiciera las veces de maestro. Siempre venían para arreglar el mundo, para ofrecerles cosas que faltaban, para enseñarles a leer, a sembrar, a construir las casas, a organizarse para engordar gallinas, cerdos, vacas, cabras o caballos; tenían siempre dispuesto algún dinero, no mucho, más bien poco decían ellos mismos, lo que quedaba de los gastos tan cuantiosos que hacían después de adquirir el auto en que llegaban, las botas y la ropa que portaban para el clima inclemente que imperaba en esa zona lejana a la que iban.

Por las noches sacaban de los bultos grandes que llevaban bolsas rellenas de algodones, de plumas, de fibras sintéticas calientes que les tapaban del todo de la helada; usaban luces ultraclaras que permitían cuidarse de los bichos roñosos que vivían en esos sitios a donde concurrían en clara misión de salvataje. Llenaban enormes y largos formularios en los que anotaban las veces que llovía, la dirección del viento, la cantidad de niños que nacían anualmente y hacia donde se escurrían corriendo los ríos cercanos al albergue. Para ello llevaban máquinas pensantes que calculaban, escribían y hablaban solas; las ponían en marcha con simples movimientos de la mano y echaban a andar tan silenciosas que nadie podía cerciorarse del momento en que estaban funcionando.

Nadie sacó nunca en limpio a ciencia cierta para qué llegaban, por qué se iban, quiénes eran realmente aquellos hombres y mujeres que entregaban con ahínco y con paciencia tantas horas de su vida a tal empresa. Se armaron con ellos los más disparatados planes concebidos: corrales para guardar aves que no habían, caminos para lugares a donde nadie iba, casas que luego nadie habitaría. Nadie entendía para qué se hacían las cosas que con ellos se impulsaban, si eran útiles a alguien, si tenían por lo menos un sentido.

Así como llegaban así se iban por el mismo recodo del camino prometiendo volver más adelante con más planes, más dinero, más papeles para llenar con todos ellos. A los primeros les dieron un saludo, así como a los segundos y terceros, pero después ya no tuvieron fuerzas para seguirlos saludando. Roquelino dijo al principio conocerles, que sabía de donde procedían, qué buscaban, quiénes eran, pero luego calló tratando de evitar cualquier contacto.

Eran muchos, demasiados, que llegaban en oleadas salvadoras en autos que tenían en sus puertas pintadas siempre siglas sin sentido.

Alguna vez llevaron de visita a hombres blancos casi transparentes, altos, desgarrados, casi mudos, que miraban con infinito aburrimiento el discurrir de la vida cotidiana de la gente. Eran atendidos con especial fineza por los que los llevaban hasta esos parajes tan remotos; les explicaban la razón por la que estaban todos arrimados en ese sitio tan lejano de la tierra prometida; mostraban con el dedo los lugares en donde la gente orinaba, cagaba, comía y dormía y explicaban con detalle cuáles eran las costumbres que a los recién llegados les parecían extrañas y distantes; desmenuzaban los actos de cada uno de los presentes, el por qué del movimiento de las manos, la razón por la que no cruzaban las piernas al sentarse, el sentido de aspirar las erres en el habla, la forma de prender el fogón por la mañana. Nada les era ajeno a la posibilidad de explicación exacta y taxativa; introducían cada paso en estándares ya codificados desde antes, que explicaban las razones perentorias y esenciales de las cosas que se hacían. Nada sacaba a las larvas nórdicas de su incólume mutismo aburrido. Se sentaban a tomar el tibio sol del mediodía que les ardía más la piel ya de por sí muy colorada; vagaban por el monte circundante con paso cansino y sostenido deteniéndose a observar cualquier insecto; eran frugales en la comida; tomaban agua embotellada; fumaban incansablemente; no oían las explicaciones que les daban. Luego los subían a los autos rotulados y se perdían invariablemente en el recodo de siempre del camino.

Tenían llena la cabeza de anécdotas que contarían después al otro lado del mar que se mostraba en la distancia. Tomando cerveza en algún *pub* lleno de humo podrían ya pontificar sobre el por qué de las guerras intestinas en las tierras boscosas visitadas. Sus informes servirían para dar y retener dinero, para que todos construyeran de aquel lado la imagen de los hombres de esta parte; sabrían el por qué de la inconstancia, del desorden, de la falta de apego a la verdad de los nativos; tendrían la respuesta a la pregunta relativa a la razón de la pobreza; identificarían claramente los factores resultantes del atraso sensible inclusive en el habla castellana. Y vivirían bien de sus informes, en casas calientes y acolchadas en donde no faltarían los grandes diccionarios en donde buscarían el sentido de las palabras *hambre*, *pobre*, *inadaptado* y *feo*. Luego harían enviar lo que llamaban ayuda para que otros pudieran comprar más autos a los que les pintarían nuevas siglas; en ellos viajarían en su próxima visita ultramarina.

## CLARA Y ESPERANZA

"Cuando llegamos llovía. Los barracones se levantan a la orilla del camino de tierra que se aparta muchos kilómetros de la carretera principal que lleva hacia la frontera cercana. Al inquirir por una mujer para entrevistarla rápidamente nos fue propuesta Esperanza Portillo, quien goza de prestigio entre la comunidad. Cuando la conocimos, Esperanza se encontraba ayudando en el pequeño estanco en donde se consiguen los granos y las chucherías baratas para los niños. Fácilmente accedió a nuestra solicitud y sólo pidió una hora para bañarse. En el antiguo local del comedor colectivo, hoy semiderruido y empolvado, bajo una pertinaz lluvia que amenazó varias veces con no dejar escuchar nuestra conversación, Esperanza fue entregándome poco a poco los recuerdos de su vida...".

Clara levantó la vista de la máquina de escribir y se quedó viendo por la ventana. Afuera brillaba el sol sobre los techos oxidados que se despeñaban hacia el sur de esa ciudad que la había acogido desde hacía ya varios años. La casa en la que vivía era de madera, pequeña, de dos plantas, rodeada de vegetación y con una chimenea que prendía de tarde en tarde, cuando se reunía a charlar con los amigos. Había llegado sin la más mínima idea de cómo era el lugar a donde iba, con una maleta pequeña con la que había bajado del avión, tomado un autobús y hospedado en la pensión más barata que había podido encontrar.

Durante meses tocó las puertas más diversas hasta que encontró trabajo. Desde allí inició, nuevamente, el peregrinaje para conseguir noticias de Guillermo. Nunca llegó nada certero y lentamente la cotidianidad le había ido agregando nuevas preocupaciones e intereses a su vida. Fue así como llegó una mañana de julio hasta el lugar en donde vivía Esperanza.

Se encontraron en el barracón destartado. Afuera llovía, como siempre, y por las hendidias de las antiguas ventanas se filtraba la escasa luz del atardecer. De lo primero que habló Esperanza fue de Jacinto, de la casa junto al río, de las conversaciones por las noches cuando volvía del monte, de las bombas de contacto que había aprendido a hacer en Potonico. Hacía ya más de siete años que lo había visto por última vez y hacía dos que vivía con Roquelino, pero pensaba que todo lo que se había construido desde entonces era pasajero, y que lo verdadero y lo auténtico estaba, de alguna forma, en otra parte. Era una fantasía, una muleta, una obsesión que ayudaba a la vida. Sabía que eso no podría hacerse realidad nunca más: Jacinto había muerto y los lugares en donde había vivido juntos ya no les pertenecían, otros habían ocupado su lugar; pero ella, que nunca había tenido más horizonte que el que miraba desde su rancho maltrecho tenía ahora algo que la hacía tener planes, que le daba fuerza para hacer las cosas que la habían convertido en alguien a tomarse en cuenta.



Su voz era queda, esquiva, no miraba a los ojos cuando hablaba, juntaba las manos, se las acariciaba y movía los pies lentamente sobre la tierra haciendo un pequeño surco que repasó muchas veces mientras conversaban. Por eso no vio los ojos de Clara que se iban llenando de lágrimas mientras ella misma rememoraba los tiempos en que había empezado a crecer junto a Guillermo, cuando era una niña joven y hermosa, cuando aun tenía la piel lozana y no era la mujer gorda que se agotaba rápidamente al caminar y que ahora estaba sentada frente a Esperanza con un grabador en la mano. Había pasado el tiempo, había cambiado tal como había cambiado Esperanza y, como ella, seguía pensando en la posibilidad de retomar el rumbo trunco de las cosas. Pero nada era igual. Nadie era igual y ellas lo sabían, aunque siguieran aferrándose al hilo de una vida que ya no iba en la dirección de antes.

Clara y Esperanza sentadas frente a frente en el atardecer rememoran su vida trunca; piensan que pueden pensar ahora, que tienen tiempo y lugar para hacerlo, para dolerse incluso de las cosas pasadas, que pueden estar tranquilas, sentadas en silencio mientras la tarde cae. Su pasado es de gritos, de carreras, de ofuscaciones nocturnas, de largos peregrinajes para abreviar del miedo.

De pronto se han dado cuenta que están hablando solas en medio de la noche que va llegando queda, que no hay nadie con ellas, que han dejado huellas y rastros muy lejanos que por más que se esfuercen no están ya más; pero hablan sentadas y tranquilas, sin que avancen sobre ellas batientes las empresas que se habían propuesto borrarlas de la tierra. Recuerdan el pasado y sueñan el futuro; el presente parece ser efímero, no les conforma nada de lo que en él existe pero es por lo vivido, por todo lo pasado, por el papel que juegan de ser sobrevivientes en ese tiempo infausto en que surcan la tierra estrecha en la que viven.

*"Somos dos y una, Esperanza, mujer, amiga entrañable que oye sin que le hable, que siente sin que la toque, que entiende sin que le explique. Sonido matutino, cobijo vespertino, huerta familiar que alimenta el alma; andar sincronizado, experiencia compartida, olor rememorante, cadencia que se acopla sin que medien palabras. Esperanza lejana, cercana de ella misma; Esperanza partida, vuelta a juntar sangrante y llevada con todos por sitios no conocidos. Santa Esperanza eres bendita entre las mujeres que como vos parieron estando en sitios lejanos, que abrieron el vientre rosa, los efluvios vaginales los regaron por el suelo y así lo fueron haciendo crecer por las cuatro esquinas. Mujer desdoblada, multiplicada, crecida y florida que tenés de donde asirte, a quién prender de las tetas grandes que te revientan en blanco de la leche que te corre. Esperanza huída y madre y guía de los otros tuyos; mujer camino, sendero, curso, poste que marca un punto, línea que une a los mundos, puerta que muestra un reino. Yo, Clara, la siempre lejana, la siempre extranjera, la siempre sola te veo sentada y te rememoro desde esta ventana por donde entra este día la luz de la mañana, las voces de los niños corriendo hacia la escuela, los gritos de los loros de las viejas vecinas, ladridos de los perros, canto de los cen-*

zontles, olor de los pucheros que no puedo sentirlos como que fueran míos, aunque desangre el alma queriendo que así fuera y me esfuerce tratando de ser como esta estirpe. Intento oyendo, intento viendo, intento todo y soy de otra parte, de otros acentos, de otros tonos, de otras formas de aproximarse al mundo. Intento sola sin nadie, como he estado siempre cuando no está Guillermo que corretea y salta en medio de la floresta. Cargo encima su imagen, no la llevo; me pesa todo el recuerdo, sus manos, mi cuerpo enlazando el suyo, las cosas que está haciendo dejándome a la deriva, a un costado, en el desierto de nuestra ausencia juntos. Hombre sangrante, olfateante, jadeante, de belfos que se expanden ante el olor del poder y de las cosas vanas que significan fuerza. Guerrero sudoroso y hediondo de contienda. ¿A dónde vas? ¿Con quién corrés? ¿Quiénes son los caudillos con los que estás ahora? Vas haciendo un gran surco donde no crece nada a pesar de que creías que era fértil y rico. Esta ventana en donde me siento siempre a ver pasar las mañanas te pertenece tanto porque sé que te place; pero no estás, ni estarás, ni querré que estés porque no soy la misma, la que amaste, la que sigue estando en las neuronas vivas de tu cabeza joven; se aja la piel y el pelo, aumenta el peso del cuerpo y no quiero ser de otra forma. Por eso no estarás nunca en esta ventana chica por donde pasa lenta la vida de este lugar lejano. Guillermo invernadero-estepa, jungla, glaciar y campo. Guillermo fértil y piedra seca, joven y viejo, manso y rebelde; desorbitado abarcador del mundo, perseguidor de estrellas, jinete experto de los cometas. Amor mío".



Scriptorium

### **Quiero tener casa, mesa y cama**

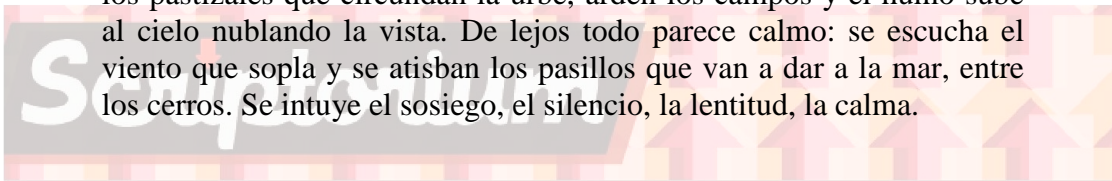
*"Quiero llegar cansada y que me estés esperando; contarte lo que me han dicho, las cosas que he observado, lo que pienso del día que se va con la tarde; quiero sentarme y verte, tomarme un vaso con agua y hablar con vos de las cosas que me he pasado pensando. Comer juntos, caminar juntos, aburrirnos juntos. Dormir al lado tuyo, tener hijos, ver que crecen, que se enferman, que nos dejan y nos quieren; quiero tener casa, mesa, cama; domingos largos, noches en vela, ratos alegres; pantuflas bajo la cama, toallas tiradas, niños gritando; mesas repletas, timbres sonando, radios cantando, gatos maullando, perros ladrando. Quiero tener tres hijas: les pondría Gabriela, Valentina y Camila; les gustaría el agua, cabalgar los domingos, los globos, los sorbetes, y los juegos mecánicos. Dejaría que hablaras con ellas de este mundo: de las ballenas blancas, de los peces azules, de la forma como vuelan las aves por el cielo; costaría dormirlas, que comieran verduras, que durmieran un poco el domingo temprano; y yo sería madre y esposa y putearía al mundo por explotarme tanto; no me vendría la regla y me hincharía toda, me dolería el útero, los pechos, los ovarios y vos me mirarías pensando en otro hijo, que no alcanza el sustento y yo embarazada. Quiero cansarme mucho de estar a tu lado, de todas tus necesidades, de tus vicios, tus taras y tus baches del alma. Quiero que te cansés conmigo, dejar correr la vida y que nos aburramos juntos, que debamos dejarnos por un tiempo mediano para ver si podemos renovar lo armado. Quiero estar con vos en la puerta de la casa pequeña en la que estoy ahora; ver pasar el gato y tomarte la mano como cuando era niña y en el cine te amaba. Quiero haber soñado todos estos años".*

## La ciudad de Clara-ahora

La ciudad es baja, de techos oxidados, húmeda y musgosa, unida en sus partes por estrechos caminos zigzagueantes. El humus de la selva se puede respirar aun en algunas de las esquinas más umbrosas regadas por ríos fétidos e insalubres. La especie confinó la sombra de los cedros a rincones aislados; el sol cae sobre las calles y evapora la lluvia, seca la tierra, no deja escapar el humo; cantan aun las aves de siempre en las copas frondosas de las plantas restantes; por las noches respiran las alcantarillas ciegas y salen los humores fecales a las calles.

A veces baja la niebla. Lluve siempre sobre los techos de lata que resuenan al viento. Cae el agua en diluvio e inunda la tierra que se empanza y expulsa las semillas floridas del trópico húmedo. Se oye crecer la hierba y los helechos en las paredes desprevenidas que se pudren rápidamente bajo el sol inclemente. En los sitios cerrados crece la nostalgia del agua, de la lluvia constante, de la calle mojada, del óxido y del moho. Por las ventanas se escucha en silencio la caída del agua, las goteras y el fluir de las acequias.

Han trepado a los cerros; desde lejos brillan los tejados de lata; en el corto verano sopla el viento sobre las yerbas secas; se incendian los pastizales que circundan la urbe, arden los campos y el humo sube al cielo nublando la vista. De lejos todo parece calmo: se escucha el viento que sopla y se atisban los pasillos que van a dar a la mar, entre los cerros. Se intuye el sosiego, el silencio, la lentitud, la calma.



## Desgajada de los lugares sagrados

Se siente nostalgia de esta ciudad sin haber partido, "aunque la partida sea lo más deseado, lo más apetecido, el punto de quiebre que da origen al retorno, a retomar el hilo de la vida, a querer comenzar de nuevo en el punto exacto en donde antes dejamos todo pensando que no ha pasado el tiempo, que nada ha cambiado, que nadie ha envejecido. Viendo la ciudad desde lo alto tengo ya nostalgia de ella; sé que la recordaré mojada con el verde de sus árboles recién lavado. No la siento mía: no jugué en sus rincones en mi infancia; soy marítima y sin embargo voy a extrañar esta ciudad sin salitre cuando me haya ido, cuando sea extranjera en donde debería sentirme parte del todo. Lo peor de estos años es haberme desgajado, haber perdido las más íntimas vinculaciones con la infancia, con los lugares sagrados a los que peregrinamos cuando estamos creciendo; he sido arrancada, trasladada y aclimatada y ya no puedo sentir nada como totalmente mío. No pertenezco y nada me pertenece; no estoy completa nunca; ahora sé que una parte mía estará siempre en otro lado que no es en el que estoy, que vivo en la gente que está distante y habla de mí. Quiero estar allí también, besando los párpados de los que me quieren, de los que han labrado el corazón con mi nombre. He echado raíces menores, solitarias y estériles; no hay nada carnal que me ate a esta ciudad: no hay hijos que se queden ni muertos que resientan la soledad de mi partida; ni la vida ni la muerte me ha rozado aquí, por eso puedo partir desprovista de pesares mayores, porque no me tengo más que a mí misma y a la necesidad de retomar el hilo de la vida. Cuando parta llevaré conmigo la memoria que crecerá más allá de mí mutilando e inventando a su libre antojo y albedrío. Antes de partir miraré todo detenidamente y grabaré cada detalle para evitar las trampas del futuro; luego me recordaré a mí misma viendo cada uno de esos detalle y creeré haberme visto en esos trances aunque no recuerde que veía. No importa lo que haga, sólo lo irracional e inaprensible me devolverá lúcida y fugazmente al pasado. Sin quererlo me he dejado penetrar, y sólo cuando en otra parte se extrañen de mi nuevo rostro sabré que ya no soy la misma, que tengo adherencias que no puedo arrancar de mi piel sin un causarme dolor punzante. Nadie puede reconocerme ahora enteramente porque estoy hecha de retazos provenientes de los lugares más disímiles del planeta; nadie puede reconstruir mi itinerario, ni yo misma, y nadie ha recorrido los mismos sitios en donde he dejado plantadas mis huellas; cada adherencia que porto me muestra y me esconde; lo que los otros ven como úlceras del viaje no son sino los sitios en donde he logrado hacer crecer las raíces de mi cuerpo. Me he convertido en un ser deforme, irreconocible aun para los que me quieren entrañablemente. Estoy sola en el camino: ahora no me tengo sino a mí misma; sólo yo sé cuando miento y cuando no, cuando invento y cuando finjo; sólo yo tengo pleno dominio del universo del que provengo y en el cual vivo; no comparto guiños con nadie, no hay ninguno que pueda corregirme; puedo ser una en un sitio y otra en otro ¡Cuántos quisieran mi condición! y sin embargo añoro los límites de la casa, la seguridad del barrio, el lugar caliente de la cama donde ya ha dormido alguien.

## En el lugar de la espuma

*"Llevo un ladrillo conmigo siempre y lo muestro a todos explicando cómo era mi casa; muestro un cabello y a partir de él te reconstruyo; sólo sé hablar de lo inefable, de lo irreconstruible, de lo que no permite que nos identifiquen cuando estamos muertos: el color de los ojos, el ancho de la sonrisa, la suavidad de la piel, el candor de la voz. Así no te reconocerán nunca aunque mil veces te describa para que te busquen entre los miles de huesos que salen a la faz de la tierra desde las fosas inmensas en donde puede ser que yazcas. A través del llanto intuyo los ojos desorbitados de tu madre cuando le dicen que han perdido toda esperanza de encontrarte; no oí los gritos de tus hermanas ni vi el gesto desencajado de tu hermano; no recorrí con ellos los sitios en donde guardan a los muertos, en donde los hielan para que no se marchiten y se pudran; no estuve en las laderas de los barrancos buscándote ni preguntando por los que habían sido llevados a las mazmorras húmedas e infectas; no estuve cerca tuyo durante muchos años porque estaba aquí construyendo esta provisoriedad en la que vivo y por la que después seguramente seré despreciada. No vi tus carnes laceradas, no vi cómo te perseguían ni cómo jadeabas espantado tratando de escapar de los que te perseguían; no vi tu máquina tirada por el suelo mientras la llanta delantera giraba impulsada por el último empuje que vos mismo le diste; no te vi caer ni vi los golpes que dicen que te dieron, ni vi cuando te subieron al auto en el que te perdieron por las calles de esa ciudad flanqueada con casas bajas y grises que ya odio por ser el escenario en el cual te perdiste. Quisiera tener dos voces, tres voces, cuatrocientas, miles para gritar por vos; mil bocas para escupir y embadurnar de escupas a todos los que me rodean; quisiera tener la fuerza de no volver al sitio de los hechos funestos, borrarlo de mi mente para siempre, olvidarme, cercenar la parte de mi mente que sigue maquinando sobre lo mismo. No he estado en el lugar en donde las cosas han sucedido; no hay un solo retrato que dé cuenta de mi imagen en las calles en donde debía buscarte; he estado, pues, al margen, en el lugar de la espuma y no de las olas, en la esquina en donde se juntan los restos arrojados por la marea y no en la batiente, en donde revienta estrepitoso el vaivén del océano; triste tiempo el nuestro, amor, que nos avecina tan próximamente con la muerte, que nos revuelca y nos evidencia tan ásperamente los límites de nuestras almas. No podemos dejar de tener conciencia de nuestra pequeñez, de nuestra sordidez, de lo vacuidad de los juicios sobre nosotros mismos, de la fuerza con la que nos aferramos a nuestras pequeñas vidas que cuidamos como si con ellas estuviéramos cambiando el rumbo de los astros, el ritmo del universo. Estar acá, amor, al otro lado de la lluvia, es vivir en un espejo opaco".*



## EPÍLOGO

### Adiós a Esperanza y Roquelino

Sobre los bosques húmedos empezó a soplar un viento tibio y cálido. En el estrecho puente selvático tachonado de volcanes empezaron a alejarse los relámpagos de la tormenta; podía verse como se iba una inmensa nube negra de la cual partían los rayos luminosos que se estrellaban contra el agua del océano. Brilló ocasionalmente el sol sobre la tierra empanzada de agua y se oyó con claridad como corrían los ríos que llevaban los restos de la tormenta desde las altas montañas hasta las zonas bajas de las costas. La ausencia de lluvia hizo que se sintiera pesadamente el silencio que se instauraba.

Lentamente empezaron a curarse las huellas más superficiales que habían dejado tantos años de diluvio continuo: las planta blanda de los pies, las yemas arrugadas de los dedos, los hongos proliferantes en todas las partes del cuerpo. Casi imperceptiblemente fueron cambiando también los hábitos cotidianos: las mujeres empezaron a asomarse a las puertas de las casas, a balancear sus mecedoras en el atardecer de los puertos marítimos; se formaron algunos grupos pequeños en las esquinas nocturnas de los barrios más populosos y se escucharon algunas risas desembozadas aun a altas horas de la noche.

Algunos pensaron en dejar los nichos donde se habían guarecido durante todos esos años; el sol despertó la imaginación de muchos que creyeron interpretar augurios promisorios que apuntaban hacia un tiempo más cálido, menos áspero, más propicio para el encuentro de los hombres.

Escarbando en lo más recóndito de su memoria imaginaron signos que no se habían presentado antes en el firmamento. Se alegraron de haber podido llegar hasta el final del tiempo húmedo en el cual el agua les había calado hasta los huesos e iniciaron el recuento de lo que habían tenido que pasar para llegar hasta el final de la tormenta.

No sabían, sin embargo, que por más que calcularan no podrían todavía llegar a ver con claridad todo lo acontecido. No fue sino hasta que pasó el tiempo, cuando la tierra empezó a mostrar lo que guardaba en los pliegues más secretos de su epidermis, que se darían cuenta de la magnitud de los acontecimientos en los cuales habían estado involucrados.

Hicieron planes de construcción, reconstrucción y apuntalamiento porque sentían que con la tranquilidad que brindaba el cambio favorable del clima serían posibles muchas cosas nuevas. Alguien sugirió que había que empezar todo de nuevo, inclusive el inventario de la memoria misma que daba cuenta del pasado de todos; propusieron olvidar los hechos dolorosos que habían estado en el centro del tiempo tormentoso: *"veamos hacia adelante -decían- olvidemos las úlceras pu-*

*ruentas que ha dejado en nosotros la lluvia"*, mientras se aprestaban a reescribir las crónicas de los tiempos que terminaban desde la óptica falaz de los poderosos. Eran los mismos de siempre, los que seguirían montados sobre los corceles del poder aun ahora que soplaba el viento tibio sobre las junglas umbrías del istmo. El resto no había podido llegar más allá del garabateo inseguro del nombre propio.

Llegaba por fin el esperado tiempo del retorno. Se agitaron, se trazaron planes para dividir las aguas que separaban del lugar añorado. Subieron a las lomas más altas para atisbar de lejos, en los días claros, el sitio que consideraban que era el lugar al que pertenecían. Se arremolinaron y planearon incansablemente sobre la mejor manera de volver de nuevo. Se dieron cuenta, sin embargo, que no todo lo construido era perecedero, que el tiempo transcurrido no había sido en vano, que había esquinas, rincones, parajes y voces que ya eran suyos en ese lugar en donde estaban asentados. Dudaron algunos en medio de la excitación reinante, pensaron en los hijos que no recordaban los sitios que ellos mencionaban noche a noche en las largas veladas del exilio, en los nietos que habían partido hacia las partes bajas de la costa que ellos sólo miraban desde lejos. Vieron los grandes barracones húmedos, despintados, enclavados en ese sitio agreste y frío y los sintieron suyos como no los habían sentido nunca antes. Las márgenes del riachuelo helado estaban allí igual que siempre, pero ahora eran orillas conocidas en donde habían sucedido cosas que eran importantes para ellos. Y allá en el horizonte la incertidumbre, los parientes dejados en la huida, los lugares de la infancia, los acentos comunes, la lluvia gruesa y tibia que los había acompañado en la partida.

Un nuevo desgarramiento estaba próximo. Ellos, que invariablemente quisieron partir, que no hicieron sino repetir constantemente el nombre de la tierra prometida, que labraron en sus mentes siempre la idea del retorno, que hablaban sin cesar del momento en que volvieran, que se habían sentido persistentemente diferentes, incomprendidos, ajenos y lejanos, que creían no acoplarse bien a ese lugar en donde estaban.

No se atrevían, sin embargo, a decir lo que sentían y continuaban preparando la partida, amontonando las cosas que habían ido juntando en esos años. Todo lo aparentemente efímero estaba, ahora, en la puerta de la casa reunido y resultaba ser mucho más de lo pensado; habían acarreado tantas cosas que no cabían en los viejos bultos que habían arrinconado tras las puertas ¿cómo vivir sin todo eso en otra parte, sin la cama de tablas de Esperanza, sin el taburete viejo de Terencio, sin la azada nueva de Juancito, careciendo del reloj de Mario Alberto? Roquelino ve el acervo familiar inabarcable para lo que es posible llevarse de regreso; oye de las dificultades de los que ya han vuelto, del regateo al que han estado expuesto, de la incertidumbre en la que están viviendo. Cavila, vacila, pone a prueba todos los años armándose por dentro, inventa excusas, recula y adelanta. Duerme nada por las noches que pasan y le llevan poco a poco al momento que no quiere. Ro-

quelino el alegre carpintero ha perdido la sonrisa en esos días; nunca pensó tal cosa, siempre creyó que ese serían el momento feliz de la partida y ahora duda en las noches en que vela el sueño intranquilo de la prole.

Todo apunta desde afuera a la partida; los autos con siglas se suceden con gente que sin descanso construyen los planes del retorno incuestionable: marcan pautas, cuentan gente, levantan uno a uno el inventario de las cosas que faltan y que sobran. No preguntan a nadie si es que quiere o no hacer lo ya planeado, lo ineluctable, lo natural por hacer en esos casos. Ha pasado ya en tantas partes de la tierra desolada que no hay duda alguna en esa gente de las cosas que hay que hacer en esos lances; ellos, por demás, viven de eso, de preparar el acarreo de los hombres, las mujeres y los niños que han vivido arrimados en rincones oscuros y alejados del planeta. Es poner en marcha un plan lo que desean, lo que se impone ante las circunstancias que vive esta gente que llegó por un tiempo, mientras tanto, a ocupar un lugar que no es de ellos.

Roquelino y Esperanza están de nuevo en el centro de un vaivén que no dominan. Siempre van y vienen, son llevados, puestos a exhibir, son estudiados, carentes de opinión en lo importante mientras otros planean su destino. Quieren irse, o quedarse, poco importa; hay directrices que van más allá de sus deseos y que compelen a que se muevan rápido hacia el norte. Se moverán, pues, Esperanza y Roquelino, sin saber a ciencia cierta si es eso lo que quieren para ellos; recorrerán a la inversa el largo trecho que ya hicieron de venida a estas tierras y llegarán hasta donde deben pertenecer pero no saben si así es en verdad, si así lo sienten. "¿Adónde vas Esperanza?", alguien pregunta. "A *Cuscatlán*" responde viendo bajo.

### Adiós, amor, yo ya no vuelvo

Clara se va también hacia otra parte; ha decidido partir también, como los otros, para ver si puede empezar a construir de nuevo la vida en otra parte. Acá a estado, ciertamente, para mientras. Pero Guillermo jamás apareció más en su historia, no habló, no dio señal alguna de su vida. El siempre escondido, el escurridizo, el perdido, el sin rostro, el que cambió hasta el nombre propio por el alias, el que se fue un buen día y no volvió a estar nunca a su lado ni habló, ni escribió y sólo se supo, de voces que escucharon a otras voces, que había sido visto una tarde mientras era seguido en una calle en la que fue cercado, vaporeado, golpeado y llevado en banda a alguna parte que nadie sabe en donde está. Guillermo es uno más entre los tantos que no están ya más y no se sabe en dónde aposentarán sus huesos. Clara no ha estado en el lugar para husmear tras de sus huellas, para recorrer las calles, las mazmorras, luego los sitios agrestes de las sierras buscando algún indicio que le indique el lugar en que podría encontrarlo. Puede no estar tampoco, pude ser que baje de algún cerro y se presente feroz y desconocido ante sus ojos; eso quisiera, pero nadie le puede dar ninguna pista que la oriente con certeza en ese rumbo.

Por eso Clara no retorna a esa parte en el que estuvo con Guillermo; decide partir hacia otro lado que le haga tal vez olvidar para empezar de nuevo. Ha sido mucho lo ofrecido, lo trasegado en ese lugar agreste y alejado del país del que no debió salir cuando pequeña. Por eso no marcha al norte sino al sur, alejándose más y para siempre de lo que muchos llamaron el sitio de los hechos. Le espera un río, una costa, una ciudad amable en la cual retomar el hilo de la vida, *"un espacio para encontrarte, tal vez, en la quietud de mi interior ya calmo. Parto de nuevo por vos, de nuevo porque no estás y porque cualquier forma del mundo tiene sentido mientras estemos juntos y no yo sola; recorro antes de partir nuestro encuentro cuando imberbes, tu entrada intempestiva y yo sentada y nuestro amor de entonces, el desbordamiento que mantendré conmigo mientras viva. Adiós Fernando, Guillermo para todos los que te conocieron brincando por los montes agrestes de tu tierra, adiós amor, yo ya no vuelvo"*.

**Fernando: "quiero recordarte siempre como fuiste".**

*"Quiero recordarte siempre como fuiste antes, cuando recorrimos las estepas heladas en los trenes largos que no nos importaba a dónde iban. Quiero verte sentada frente a mí, con la pierna cruzada fumando y discutiendo por todo, sin saber que luego entraríamos en estos vericuetos intrincados de la vida. Estarás conmigo siempre en la mesa del café en donde hablamos tanto, a la vera del parque en donde te besé entre el hielo; veré siempre tus ojos claros, tus caderas anchas, tus manos blancas que tanto quiero y recordaré tus cartas, las que llegaron inquiriendo por mí en aquellos días. Todo lo guardaré fielmente en mi cabeza, en donde debo reproducir ahora el mundo con recuerdos, en donde quedó grabado todo antes de que perdiera la posibilidad de verte para siempre, antes que se esfumara la luz eternamente de mis ojos, antes que desaparecieran también las manos de mi cuerpo, antes de que quedara inerte ante el mundo. Por eso no me verás, ni sabrás de mí ya nunca; es mejor que pienses que me he esfumado, que estoy muerto en algún sitio. Y yo prefiero guardarte en la memoria como sé que fuiste y ya no sos ahora, para que sigás creciendo mientras vivás en ese lugar en donde te guardo impoluta, sin que nadie te toque, te mueva, te desfigure".*

Echado sobre la cama Fernando, Guillermo para los que anduvieron con él en estos tiempos, pide agua con una mueca de la boca. Sin manos para tomar el vaso, sin ojos para mirar las manos que se lo acercan. Afuera, más allá de la ventana, pasa el mismo autobús que escuchó Clara la tarde en que partió por siempre.